

Selección



ADA CORETTI

EL JARDIN ENDEMONIADO

SAM



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

374 — Un cadáver de segunda mano, *Silver Kane*.
375 — Las mujeres gato, *Curtis Garland*.
376 — Comic de terror, *Adam Surray*.
377 — La madrugada de Dolan, *Curtis Garland*.
378 — Jenny, la hija del mar, *Joseph Berna*.

ADA CORETTI

EL JARDIN ENDEMONIADO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 379
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.021 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Se habían internado en la selva, siguiendo la ruta trazada, hasta alcanzar el río.

Lugar éste en que los componentes de la expedición decidieron dar por finalizada su arriesgada incursión. Otra cosa hubiera equivalido a una insensata temeridad, pues los peligros, conforme avanzaban, se estaban haciendo cada vez más y más insoslayables.

Pero, en realidad, lo que les hizo optar por volver al lugar de partida fue el hecho de que Edmund Walling y Peter Powers, los dos principales organizadores de la expedición, discutieran la noche antes. Una discusión acalorada, violenta, encolerizada, que pudo acabar de la peor manera si no hubieran llegado a separarles.

En tales condiciones, quedando demostrado que no había entre ellos la debida camaradería, lo más razonable era, evidentemente, dar por finalizada una empresa que quizá no debían haber comenzado.

Por lo demás, la expedición no tenía meta definida, así que nada ni nadie les obligaba a seguir. Bien mirado, esto simplificaba mucho las cosas.

Pernoctarían aquella noche junto al río y a la mañana siguiente iniciarían el regreso. Quedó decidido.

Pero fue aquella misma noche, mientras una gran hoguera ardía entre las distintas tiendas de campaña, cuando Edmund Walling, que se había alejado algo de sus compañeros, quedó asombrado ante la exótica belleza de la planta que sus ojos estaban contemplando.

No era para menos. Nunca hasta entonces, en medio de la lujurienta selva, había visto nada semejante. Se trataba de una planta de color tornasolado, de gran tamaño, de amplias y recias hojas. Estas debían abrirse de abajo hacia arriba. Resultaba fácil deducirlo así, porque por la parte baja las hojas se hallaban en aquel momento un tanto separadas del núcleo central.

—Cuidado, señor Walling —le previno el guía—; es una planta asesina. No se acerque. Se juega la vida.

—¿Una planta asesina? —inquirió—. Pues parece verdaderamente inofensiva.

—Si alguien, durante la noche, aunque sólo durante la noche, se acerca y la toca, sus hojas se alzan de pronto y luego caen inexorablemente hacia abajo atrapando a quien sea... —explicó el guía. Y agregó—: Como en el reverso de sus hojas tiene cientos de púas, de más de un palmo de largas, el cuerpo de la víctima queda en un instante atravesado por cien, por mil lugares distintos... El cuerpo se convierte inmediatamente en un ensangrentado colador.

—No conocía esta especie.

—Sólo se encuentra en zonas muy especiales de la selva. Por lo demás, sólo los nativos de por aquí están al corriente de sus poderes asesinos.

—Asombroso —opinó Edmund Walling.

—Es aún más asombroso —dijo el guía— el hecho de que la planta, una vez conseguido su crimen, oculte el cadáver durante veinticuatro horas. Y lo oculta de la manera más disimulada, pues con las hojas bajas, apretadas unas contra las otras, la planta da la sensación de ser lo que usted ha dicho antes, puramente inofensiva. Luego, pasadas esas horas, las hojas se alzan de súbito y el cuerpo de la víctima es lanzado, expulsado, a varios metros de distancia. Las hojas vuelven a su estado normal, corriente, y nadie sospecha, en conclusión, de dónde ha podido llegar la muerte... Es por eso —agregó el guía — que costara tanto llegar a descubrir sus poderes asesinos.

—Si la planta deja el cuerpo convertido en un ensangrentado colador — repuso Edmund Walling, ahora con una extraña mirada en sus ojos oscuros— deben aparecer siempre, en tales casos, manchas de sangre.

—No, no —contestó el guía—, porque la planta absorbe la sangre, se la traga.

En cuanto a la que pueda quedar en el cuerpo de la víctima, en sus cien, en sus mil heridas, las horas transcurridas hacen que se seque, que se coagule. Por todo ello, nada hace presumir, lo dicho, de donde viene la muerte. Esta resulta siempre insólita e inexplicable para todos.

—¿Está usted seguro de todo lo que me ha dicho? —preguntó Edmund Walling, y la mirada de sus ojos era cada vez más extraña.

Tan extraña que ahora era ya, a las claras, siniestra, malévola, sencillamente maquiavélica.

—Totalmente seguro —dijo el guía.

Edmund Walling se quedó reflexivo durante un par de minutos. Quizá durante tres. Luego dijo:

—Le daré a usted quinientas libras...

—¿A mí? —se sorprendió el guía.

—Sí, a usted. Pero con una condición. —Y aclaró—: No dirá a nadie lo que acaba de decirme a mí. ¿Me ha entendido?

—No del todo...

—Lo que sabe respecto a esta planta, se lo callará. Pase lo que pase — recalcó— usted no explicará a nadie lo que acaba de explicarme a mí. ¿Me ha entendido ahora?

—Sí, sí... —dijo el guía.

—Siendo de este modo, suyas serán esas quinientas libras. Se las daré antes de separamos. Puede contar con ello. ¿De acuerdo?

—Sí, sí... —volvió a decir.

A juzgar por su gesto, el guía no terminaba de entender bien todo aquello.

Pero había entendido lo suficiente, que quinientas lloras iban a ser suyas. Le bastaba para callar.

Acto seguido, Edmund Walling se alejó de allí, retrocedió de nuevo hacia las tiendas de campaña. Le orientó el resplandor de la hoguera.

Ya en aquel lugar, buscó con la vista a Peter Powers, el tío de Ursula, la muchacha bellísima, de cabello negro y ojos verdes, que le inspiraba una

irrefrenable pasión.

No tardó en localizar a Peter Powers, y fue a su encuentro.

—Discutimos ayer noche de una manera tonta —le dijo—. Deberíamos olvidarlo, ¿no te parece?

—No —contestó secamente Peter Powers, un hombre ya mayor, pero aún erguido y fuerte—. No quiero olvidar tus absurdas pretensiones.

—¿Por qué absurdas? —mascculló Edmund Walling, con la mandíbula crispada.

—Mi sobrina tiene sólo veinte años —apuntó Peter Powers—. Y tú, si no me equivoco, has cumplido ya los cincuenta. ¿Hace falta añadir algo más?

—Sí —dijo Edmund Walling—. Hace falta añadir, o por lo menos recordar, que tu sobrina está arruinada, y que yo, por el contrario, soy muy rico. El más rico de sus pretendientes.

—Mi sobrina cuenta, que yo sepa, con tres admirado res casi tan ricos como tú. Y son jóvenes, y buenas personas. Aun así, ella debe casarse por amor, sólo por amor.

—La mansión en la que viven Ursula y su madre tiene una hipoteca que ha de ser satisfecha en breve plazo. De no hacerse así, la mansión será puesta en pública subasta. Para evitarlo, a tu sobrina no va a quedarle otro remedio que venderse... No va a quedarle otro remedio —ironizó Edmund Walling— que casarse con un buen postor. Puestas así las cosas, ¿qué importancia puede tener que ese postor sea uno u otro?

—Vale más que viva pobre, pero feliz... —dijo Peter Powers—. Yo jamás le aconsejaré otra cosa.

—Tú no, pero su madre sí. Su madre no quiere de ningún modo que la mansión sea vendida. Siente verdadera idolatría por esa posesión, en la que ella ha vivido toda su vida. Y como su hija no va a desoír sus ruegos, porque sabe que está enferma del corazón...

—Una deducción razonable, no te lo niego —admitió Peter Powers—. Ursula es una buena muchacha y por no ocasionar disgustos a su madre, es capaz, es muy capaz de todo. Pero puedes dar por descontado, Edmund, que yo, a mi regreso a Inglaterra, hablaré con mi cuñada haciéndole comprender que es un gran egoísmo por su parte querer obligar a su hija a un matrimonio sin amor. Mi cuñada es altanera, obstinada y orgullosa —añadió—, pero no es mala. Así que, puedes dar por seguro que la haré reaccionar. En consecuencia, mi sobrina no se casará contigo.

—Lo veremos —mascculló Edmund Walling entre dientes, con sorda rabia. Pero en seguida se controló y dijo—: Bueno, bien mirado es natural que desees para tu sobrina lo que consideres mejor para ella. Yo me hago cargo y no te guardo ningún rencor.

—Mejor así —zanjó Peter Powers.

Y dando por concluida la conversación, se alejó de aquel lugar y se metió en el interior de su tienda de campaña.

Pero parecía presentir algo malo, y nervioso, excitado, se sirvió una buena

dosis de whisky.

Aún no lo había apurado del todo, cuando a través de la cremallera que cerraba su tienda, vio asomar el rostro de Edmund Walling.

—Acabo de dar con una planta muy extraña, bellísima. Ven, te la enseñaré. Está aquí cerca...

A Peter Powers le sorprendió un poco que su compañero se le dirigiera en tal sentido, pero no se le ocurrió pensar que aquello pudiera ser una encerrona. Por lo demás, se decidió a acompañarle, ya que, como buen aficionado a la botánica, las plantas raras, exóticas, despertaban siempre en él un entusiasmo musitado.

Salió de la tienda, yendo, junto a Edmund Walling, hacia el norte, aunque no muy lejos ciertamente. Se alejaron no más de cuatrocientos metros de donde se hallaba la hoguera.

—Es ésta, Peter... ¿No encuentras que es una planta realmente insólita...?

Peter Powers vio una expresión poco corriente en el rostro de su compañero, pero tampoco ahora acertó a recelar nada. A pesar de que la noche antes hubieran discutido tan acaloradamente. A pesar de que le había dicho claramente que no permitiría que su sobrina se casara con él.

—Sí, resulta insólita —convino Peter Powers—. Nunca había dado con una especie así... Deja que la vea de cerca...

La noche estaba ya bastante adelantada, pero uno podía desenvolverse bien. El cielo se hallaba muy estrellado y la luna llena, redonda, aclaraba la oscuridad.

Peter Powers se acercó a la planta. Como era de grandes proporciones, a su lado se sintió pequeño, insignificante, y también emocionado.

—Tiene un magnífico color tornasolado —comenzó—. A la luz del día debe apreciarse mejor. Sí, francamente, es una planta muy hermosa...

Se quedó con la palabra en la boca. De pronto, Edmund Walling le había dado un fuerte empujón. Un empujón cuya única finalidad había sido, por descontado, hacerle ir a parar contra la planta.

Y ésta, así que captó el contacto de un cuerpo humano, se agitó, se convulsionó de un modo violento, súbito. Como si una descarga eléctrica la hubiera sacudido. Y al acto, sus hojas se alzaron, cayendo luego fulminantemente hacia abajo y atrapando así en su interior al infeliz, que, ya sin necesidad de más, quedó convertido en su presa.

Pero las hojas no se habían apretado aún contra el núcleo central de la planta, no se habían estrujado apenas unas contra las otras, así que, por lo menos durante unos segundos, trágicos y espeluznantes segundos, Peter Powers pudo percatarse claramente de lo que sucedía.

Precisamente por eso, se llenó de pánico, de espanto, de auténtico terror.

Hasta tan desbordada medida, que creyó que iba a morirse de miedo.

Las hojas de la planta, que se alzaron y luego cayeron, atrapándole, tenían en su interior en su reverso, cientos, miles de púas. Allí, entre ellas, se sintió condenado a muerte. Una sensación horripilante. Aquélla era, evidentemente,

una trampa mortal.

Loco de miedo, se puso a gritar. Pero sus gritos se convirtieron en alaridos cuando las hojas de la planta se fueron apretando, hundiéndole implacablemente sus púas.

Estas, lentamente, traspasaron primero sus ropas; luego atravesaron su piel y finalmente se incrustaron en su carne. A la vez por cien, por mil lugares distintos.

Extremidades, cuerpo, rostro, todo él se convirtió en una masa de carne llena de sangrantes heridas.

Sus alaridos cesaron casi de súbito. Las púas habían atravesado lugares vitales, como el hígado, el cerebro, el corazón...

El resultado no pudo ser otro que un silencio absoluto, total.

No pudo ser otro que una inmovilidad completa.

No pudo ser otro que la muerte.

* * *

Estuvieron buscando a Peter Powers. Nadie le encontró. Nadie dio con él. Igual que si nunca hubiera existido.

—Incomprensible...

—Totalmente ilógico...

—Inexplicable...

Estos eran los comentarios de los componentes de la expedición. Comentarios que la perplejidad de sus rostros hacían más acusados.

—Pero algo muy malo debió sucederle, sus gritos los oímos todos...

—Más que gritos, fueron alaridos...

—Fue no muy lejos de aquí...

Hasta que, veinticuatro horas más tarde, mientras ellos persistían en la búsqueda del compañero, su cadáver apareció. De pronto. De súbito. Cuando ya nadie se lo esperaba.

Un cadáver con cien, con mil heridas. Las tenía por todas partes. Tanto es así, que incluso los dientes y los ojos habían sufrido lo implacable del castigo.

Sus ojos, pues, al ser atravesados habían explotado en sus cuencas y éstas, ahora, se hallaban vacías, y los dientes, la mayoría de ellos al menos, habían saltado de su sitio.

—Es horrible... ¿Quién ha podido hacer una cosa así...? —fue Edmund Walling quien dejó oír su voz.

Nadie respondió. Pero Edmund Walling vio cómo el guía clavaba en él su mirada. Una mirada harto elocuente. Pero sus labios permanecieron inmóviles, silenciosos. Era lo convenido.

Acto seguido, Edmund Walling fue en busca de George Cliff, su secretario. Un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, escaso cabello y rostro pecoso, que desde hacía muchos años atendía a todos sus negocios con gran competencia y eficacia. Un hombre al que le encantaba viajar, por lo que

él, para compensarle sus años de fieles servicios, le había invitado a acompañarle en aquella expedición.

Le dijo:

—Lo más seguro es que mañana nos vayamos de aquí. Encárgate de que en uno de los camiones sea cargada esa planta... —se la indicó—. Debidamente embalada dentro de una caja de madera, la llevaré a mi casa de Mittermann. Me encanta su belleza, su color tornasolado. Me gustaría tenerla en mi jardín.

—Si usted quiere, puedo ordenar que empiecen ahora mismo el trabajo —repuso George Cliff.

—No, no —se apresuró a decir Edmund Walling—, Ese trabajo quiero que se haga a plena luz del día.

—De acuerdo.

CAPITULO II

Will Leonard iba como un loco al volante de su coche, por la carretera que unos cien kilómetros más al este cruzaba la localidad de Mittermann. Donde el director de su periódico le había enviado para hacer un reportaje.

Desde hacía rato, su único placer estribaba en adelantar a todos los vehículos que encontraba en su camino. Pasaba a su lado como una auténtica flecha, rasgando el aire, haciéndolo silbar.

Al ver aquel descapotable conducido por una hermosa cabellera negra de mujer, se propuso repetir la acción. Sentía un deseo vivo, vehemente, de ser el primero en velocidad sobre aquel asfalto.

Pero así que adelantó al susodicho coche, lamentó haber dado tan fuerte al acelerador. Había echado una mirada de soslayo a la propietaria de aquella deslumbrante cabellera negra, y la verdad es que se había quedado perplejo. De admiración. Aquélla era una muchacha verdaderamente preciosa.

Deseando volver a contemplarla, aminoró la marcha. Lo suficiente para que, como algo inevitable, ella volviera a su vez a adelantarle.

Cuando así lo hizo, Will Leonard apretó de nuevo la marcha, aunque sólo, por descontado, lo necesario para quedarse al mismo nivel de aquel coche, en su misma línea. Entonces le fue mucho más fácil reparar bien en la muchacha.

Y se dijo, ciertamente no podía decirse otra cosa, que nunca había conocido a una mujer tan guapa. Tenía los ojos verdes y rasgados. Eran los ojos más maravillosos del mundo.

Ella reparó en su atención, y no debió de gustarle lo más mínimo porque aceleró la velocidad. Ir al mismo tiempo que aquel desconocido no era de su agrado.

Comprendiéndolo de este modo, y no queriendo enojar a una muchacha tan encantadora, Will Leonard optó por quedarse atrás, lo suficientemente atrás como para que ella pensara que él había desistido de todo acoso, de toda posible competición.

Sin embargo, Will Leonard estaba decidido a ponerse de nuevo a su lado. Aquel encuentro fortuito lo encontraba demasiado sensacional como para dejar de prestarle toda la atención que el caso requería.

Pero cuando unos minutos después volvió a darle al acelerador, para de nuevo alcanzarla, se dio cuenta de lo que pasaba. La muchacha había desistido de seguir adelante. De momento al menos. Se había detenido en la cuneta.

Will Leonard llegó hasta allí a poca marcha, creyendo que a la chica se le había estropeado el coche y que tal circunstancia le daría la oportunidad de ofrecerle sus servicios y, en consecuencia, de entablar un diálogo con ella.

Sin embargo, no se trataba de lo que creía. Pudo percatarse de esto, claramente, al ver que con sus manos se tapaba el rostro. Estaba llorando. Sus hombros se agitaban convulsionados por los sollozos.

Will Leonard detuvo la marcha, del todo. Ya inmóvil su coche, se quedó mirándola durante unos segundos. Ella aún no se había dado cuenta de que él volvía a estar allí. Abrió la portezuela y salió del coche. Se acercó al descapotable.

—No llore... —le dijo—. No llore, por favor...

La muchacha, sobresaltada primero, levantó luego hacia Will Leonard sus impresionantes ojos verdes y replicó, con gesto airado:

—No estoy llorando.

Pero sus mejillas aparecieron llenas de lágrimas y su enérgica aseveración careció de toda consistencia.

—Si usted dice que no está llorando —repuso él— la creo... De una chica tan guapa, yo me creo hasta que hace frío en el infierno.

La muchacha le había mirado con atención. Posiblemente porque Will Leonard, entre las mujeres, siempre causaba una gran sensación. Debía ser que las impresionaba con su aventajada estatura y con sus ojos acerados que hablaban de una voluntad firme, fuerte, férrea.

Al oírle decir aquello, la muchacha había esbozado una sonrisa. Una tenue sonrisa, que no obstante bastó para que su rostro cobrara animación y alegría.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Will Leonard, seguidamente.

—No, no... —negó ella con la cabeza.

—Comprendo. Prefiere que la ayude su novio...

—No tengo novio —replicó la muchacha.

—Mejor así —aseguró Will Leonard.

—¿Por qué mejor? —quiso saber.

—Estaba pensando en invitarla a tomar algo, en ese parador que se divisa, no muy lejos, a la derecha. Un novio hubiera complicado las cosas, dificultando mi pretensión, ¿no le parece?

—Me parece —repuso ella— que aunque aún no lo tenga, en realidad es como si ya lo tuviera. Muy a pesar mío.

—No la entiendo. Pero la entenderé en cuanto se sincere un poco conmigo. Lo hará mientras tomamos juntos una cerveza, o lo que más le apetezca, ¿verdad?

Para empezar dígame cómo se llama.

La naturalidad y la desenvoltura de Will Leonard resultaban verdaderamente agradables.

—Ursula, Ursula Powers —contestó.

—Will Leonard, siempre a las órdenes de las chicas guapas.

—Tiene cara de perdonavidas —sentencio ella, tras una pausa.

—Usted de rompecorazones. Pero, bueno, yo voy a tutearte... Puedes también tutearme a mí, no voy a molestarme por ello.

—Muy amable —bromeó.

—Así nos entenderemos mejor.

—No sé por qué hemos de entendemos de alguna manera.

—Habíamos quedado en que ibas a sincerarte conmigo y en que yo, una

vez sabido el motivo de tus lágrimas, iba a consolarte...

—Yo no he quedado en dada.

—Tienes razón. Lo cierto es que he decidido por mi cuenta y riesgo. Es que me gusta tomar las iniciativas, ¿sabes?

—Tómelas, pero no en mis asuntos. Y ahora, apártese, no se apoye en mi coche, voy a proseguir el viaje.

—No olvide detenerse en el parador...

Will Leonard sonrió como solía hacerlo en los momentos, poco frecuentes por cierto, en que peligraban sus dotes de conquistador. Y Ursula Powers, sin necesidad de más, se rindió al atractivo varonil de aquella boca de trazo enérgico que debía saber besar muy bien.

En consecuencia, no mucho después se hallaban en el interior de aquel parador. Un lugar agradable, donde una pareja podía indudablemente sentirse muy a gusto.

—Ahora cuéntame tus cuitas... —y ya tenían sobre la mesita, ante sí, las cervezas solicitadas.

—Poco tengo que contar —dijo ella—. Parece empeñado en creer lo contrario, y se equivoca, se lo aseguro.

—Una muchacha no llora porque sí. Tiene que existir un motivo poderoso.

—Es posible —admitió.

—¿Entonces...?

—Se lo he dicho antes y de momento es todo lo que puedo decir. Aunque no tengo novio, en realidad es como si ya lo tuviera.

—Es mejor que vayamos por partes. Pero antes de nada, empieza a tutearme —insistió—. De este modo te resultará todo más fácil. Te escucho atentamente.

—Estoy arruinada... —dijo ella.

—Mala cosa —contestó él.

—Bueno, la que está arruinada es mi madre —repuso Ursula Powers—. A mí no me importaría a no ser por ella. —Y aclaró—: Pero sobre nuestra mansión pesa una hipoteca...

—¿Mansión has dicho? —Inquirió Will Leonard—. Eso suena a mucha categoría.

—Sí, suena a eso. Pero es algo que ya no tenemos —dijo Ursula, con desánimo—. Resulta fácil de comprender, de asimilar, si una se hace cargo de la situación. Pero mi madre vive más en el pasado que en el presente; se apega desesperadamente a los recuerdos, a sus propias vivencias, y se resiste a aceptar la realidad.

—¿Y cómo va a arreglarse la cuestión?

—Mi madre quiere casarme con un hombre rico. Resulta una sencilla solución. Al menos a ella se lo parece.

—¿Y a ti...? —preguntó.

—Me has visto llorar, ¿no? La respuesta ya la tienes.

—Yo de ti no obedecería a tu madre.

—He pensado en eso... Pero mi madre está enferma del corazón, y un disgusto serio podría ocasionarle la muerte. No puedo proceder a la ligera.

—Me hago cargo. Dime, ¿tienes muchos admiradores ricos...? —y viéndola tan guapa, dio por descontado que los tendría por todos lados, a docenas.

—Cuatro —dijo ella.

—No está mal.

—Tres jóvenes y uno viejo.

—Yo sólo soy un reportero —bromeó un poco Will Leonard—. Es una lástima que no puedas ponerme en tu lista.

—Sí que es lástima —bromeó ella a su vez—. Ninguno, de los cuatro, me cae tan bien como tú. Y eso que a acabo de conocerte...

—Y a mí me gustaría conocer a tu madre.

—¿A mi madre? —se sorprendió.

—No sé por qué, pero creo que sabría conquistarla... Quiero decir que creo que sabría, respecto a ti, hacerla cambiar de parecer.

—Mi madre es muy obstinada.

—Aun así, creo que la conquistaría. Suelo resultar muy convincente, muy persuasivo y eficaz, cuando me lo propongo.

—El único que hubiera podido hacer cambiar de idea a mi madre, hubiera sido su cuñado, mi tío Peter. Pero mi tío Peter ha muerto. Una muerte inexplicable...

—¿Inexplicable?

—En plena selva. Salió alegremente a una expedición, de eso hace apenas unas ocho semanas. Ahora está sin vida.

—¿Y qué clase de muerte fue la suya?

—Como si le hubieran atravesado el cuerpo, cien, mil veces...

—Pero ¿con qué?

—Es difícil imaginarlo.

—Pues sí, en efecto; sencillamente inexplicable... No cabe la menor duda de ello.

* * *

Se habían detenido en la carretera poco antes de llegar a Mittermann. Los coches quedaron a un lado, donde no pudieron interceptar la buena marcha de los demás posibles vehículos.

—¿Por qué hemos parado? —preguntó Ursula Powers, pues había sido él quien primero había apretado los frenos, apeándose poco después.

—Este panorama tiene bastante de original —repuso Will Leonard.

No carecía de razón al hacer tal aseveración. Contemplada desde allí, Mittermann hacía pestañear.

Tal vez debido al contraste.

Cerca de allí se alzaban dos colinas, muy poco distan ciadas una de la otra.

Colinas verdes, agradables de mirar. En lo alto de cada una de ellas se alzaba una mansión.

Mittermann, por el contrario, estaba metida en una hondonada y por lo visto en una hondonada llena de fuego.

—Por aquí llueve muy a menudo, ¿no es eso? —preguntó Will Leonard.

—Sí, muy a menudo —dijo ella.

—Desde lo alto de las colinas, la lluvia debe resultar vistosa, decorativa, llena de encanto.

—Desde luego. Pero allá abajo, en Mittermann, la verdad es que resulta agobiante, sofocadora. Además, todas las tardes, a la puesta del sol, la niebla desciende sobre la localidad y apresura siniestramente la caída del día. Tan siniestramente —añadió— que no comprendo cómo la gente no se va a vivir a otra parte.

Anduvieron un poco por allí. Pero no excesivamente, sólo un par de cientos de metros para hacer distinta la perspectiva.

—Aquélla es la casa de mi madre, la mía —repuso Ursula Powers indicando tina de aquellas dos mansiones—. Quisiera poder mirarla sin rabia, pero no puedo. Esas cuatro paredes amenazan con costarme demasiado caro.

—¿Y a quién pertenece esa otra mansión? —y Will Leonard señaló la otra colina.

—A Edmund Walling, un hombre riquísimo —y aclaró—. Es uno de mis admiradores.

—Vaya, vaya... —Y quiso saber—: ¿Cuál de ellos?

—El viejo.

—Te deben atraer más los otros tres.

—No exactamente —reconoció la muchacha—. Edmund Walling es muy amable y correcto conmigo. Es, sin lugar a dudas, el que más deferencias y amor me demuestra. Los otros me resultan, no puedo evitarlo, petulantes, demasiado preciados de sí mismos.

—Así pues, de momento el favorito es Edmund Walling.

—No, no... —Lo dijo con rapidez—. Tampoco me atrae lo más mínimo como futuro marido. Tiene cincuenta años, ¿comprende? Son demasiados años para mí.

—En resumidas cuentas, queda claro que ninguno de los cuatro te gusta en absoluto.

—En absoluto —repitió Ursula.

—Bueno —dijo Will—, hemos quedado en que vas a presentarme a tu madre, ¿verdad? Pues adelante.

—Pero ¿cómo te presento...?

—Como a un buen y viejo amigo.

Por lo visto lo veía sencillísimo.

—Nunca le he hablado de ti a mi madre.

—Empieza a hacerlo hoy.

—Le sorprenderá enormemente que salgas así, de pronto, como invocado

por obra de magia.

—Pues dile, para que no se sorprenda, que soy un mago.

—No te lo tomes a broma.

—¿Por qué no? Esto no es ninguna tragedia.

—Para mí, quizá...

—Yo no permitiré que lo sea. —Y al mirarla le transmitió toda su confianza. Toda la confianza que le había merecido desde el primer momento—. Bueno, le dices a tu madre que se me ha estropeado el coche. Este ardid siempre encaja bien.

—No resulta muy original.

—Pero puede servimos.

—Quizá sí...

—Anda, vamos. Cuanto antes pases el mal trago de la presentación, antes estaré yo en disposición de ayudarte, de ver lo que puedo hacer por ti. Desdije luego, puedes dar por descontado que me meteré a tu madre en un bolsillo. Ya verás, antes de cuatro días decidido que te cases con quien quieras.

—¿Antes de cuatro días? —inquirió Ursula, sofocada—. ¿Es que pretendes que la avería del coche dure tanto?

—Si nos interesa que sea una avería seria, ¿a qué hacerla sencilla? Pero tú tranquila, que yo de desenvoltura y naturalidad, o de caradura, como lo prefieras, tengo como para parar un tren.

—Modestia aparte.

—Te lo demostraré.

* * *

La señora Powers era una dama erguida, de gesto altanero y orgulloso, que parecía mirar a todos desde lo alto de un pedestal. Pero había en el fondo de sus ojos, en honor a la verdad, una suave ternura. Algo en lo que no todos reparaban a primera vista. Algo, no obstante, de lo que se percató Will Leonard casi de forma inmediata.

Ello le ayudó, por descontado que sí, a no dar por perdida la batalla antes de comenzarla. Aunque él, por naturaleza, era un hombre poco propenso a pensar en la posibilidad de un fracaso. Prefería dar por seguro, y lo daba, la certeza del triunfo.

Como fuera, lo cierto es que desde el primer momento, desde que Ursula le presentó como a un buen amigo con el que casualmente había coincidido en la carretera, él se las ingenió, de mil maneras distintas, para complacer, satisfacer y halagar a la buena señora.

Tanto es así, y tan buenos fueron los resultados, que la invitación de quedarse en la casa, aquella noche, partió gentilmente de ella.

—Es usted muy amable, señora. Le quedo reconocidísimo.

—No faltaría más.

—Lo malo es que ignoro si mañana podré arreglar el coche. Me temo,

sinceramente, que la avería no sea nada sencilla.

—Podemos telefonear a un garaje.

—Soy un buen mecánico de mi propio coche —dijo Will Leonard—. Podré arreglármelas solo. En fin, espero no abusar demasiado de la amabilidad de usted, señora.

—No se preocupe. Será un placer para mí tenerlo como invitado todo el tiempo que resulte necesario.

—Será un placer para las dos —intercaló la muchacha, sonriente.

—Y ahora —dijo la dama— enséñale la casa, Ursula: Yo tengo un poco mal el corazón, me fatigo muy fácilmente, ¿sabe? —Se disculpó, dirigiéndose a Will Leonard—. Así que no tome como una desatención el que no se la enseñe personalmente.

Era una gran mansión. Nadie podía ponerlo en duda. Pero a su propietaria le hubiera hecho falta gastar una buena cantidad de libras, qué duda cabe, para dejarlo todo en las debidas condiciones. El paso de los años, que económicamente habían sido poco floridos, se dejaban sentir de una forma harto elocuente.

Aun así, lo dicho, era una gran mansión. Estaba rodeada de un amplísimo jardín, y alrededor de éste se alzaba una alta verja de hierro. Hasta su puerta principal llegaba el cimbreante camino de la carretera.

—Me gusta —comentó Will Leonard cuando ya lo hubo visto todo.

Habían terminado en el jardín. Donde plantas, flores, arbustos y cactus, evidenciaban el hecho de no estar debidamente atendidos. Donde todo, empero, tenía cierto innegable encanto.

—Falta la mano de un buen jardinero —dijo Ursula—. Pero como no podemos permitimos ese lujo, los resultados se hacen sentir. —Y agregó—: No le sucede lo mismo al jardín de Edmund Walling.

—Tu admirador viejo, ¿no es eso?

—Sí.

La muchacha se había quedado con la mirada detenida a lo lejos, en la otra colina, en la otra mansión.

Ambas eran de características muy similares, si bien en la de Edmund Walling el dinero de su propietario saltaba a la vista. Sobre todo, desde allí, en la esmerada pulcritud de su jardín.

Refiriéndose a éste, Ursula comentó:

—De la expedición se ha traído una planta muy rara y exótica. Tiene un bellísimo color tornasolado... Cada vez que voy a su casa, me encanta contemplarla.

—¿Aludes a la expedición en la que perdió la vida tu tío Peter?

—Sí, salieron juntos. Siempre habían sido inmejorables e inseparables amigos.

—Debió llegar muy afectado...

—Sí, claro. —Y añadió—: A partir de aquel día, nos viene a visitar muy frecuentemente. Hace todo lo posible por consolamos de tan sensible pérdida.

—Y al mismo tiempo hace lo posible —recalcó Will Leonard— por vencer a los otros tres admiradores, ¿no es eso? —Pero antes de que la muchacha le respondiera añadió—: Su juego está claro. Más claro no puede estarlo.

El día, sobre ellos, sobre las colinas, declinaba rápidamente. Aunque mucho más rápidamente sobre Mittermann, una localidad que desde aquella colina parecía aún más y más incrustada en su hondonada llena de fango. Una hondonada turbia, oscura, sobre la que estaba descendiendo una niebla densa, espesa, que daba la sensación de que podría cortarse con un cuchillo.

—Me gustaría conocer a Edmund Walling —comentó el reportero poco después.

—Vas a poder darte ese gusto —le contestó Ursula—. Acaba de sonar el aldabón de la puerta de entrada. Debe ser él.

—Perfecto —se limitó a decir.

Volvieron al salón. Donde al llegar habían encontrado a la señora Powers.

Donde seguía estando ahora, esta vez acompañada de Edmund Walling.

Desde el primer momento, incluso antes de conocerle, Will Leonard sintió ojeriza por ese admirador de la muchacha que por sus años hubiera podido ser sobradamente su padre. Pero al conocerle, su sensación de desagrado se agudizó.

Algo le dijo que se trababa, no sólo de una mala persona, sino también de un hombre peligroso.

Sin embargo, tuvo que reconocer que era un hombre atento, correctísimo, al que de buenas a primeras no podía en verdad achacársele nada.

Por lo demás, Edmund Walling estuvo muy amable con el joven reportero. De tal modo, que al referirse a la fiesta que iba a dar en su casa al día siguiente, le faltó tiempo para decir:

—Queda usted invitado. Venga con Ursula, por favor. —Y añadió—: Vendrán mis mejores amigos. Lo pasaremos bien.

—Yo te convenceré para que vaya —dijo Ursula.

—A mí me disculpará —repuso la señora Powers—. Estos días no estoy nada bien del corazón. Además, aún está muy reciente la muerte de mi hermano. Será en otra ocasión.

—Lamentaré no verla —aseguró Edmund Walling. Y volviéndose hacia la muchacha, le comunicó—: Pero tú, Ursula, sí verás a Patrick Rogger, a David Coone y a Richard Alien. Los he invitado a los tres. No quiero que me taches de cobarde.

Dicho esto, una pausa un poco violenta se abrió entre ellos. Parecía como si a ninguno se le ocurriera qué decir.

Fue Edmund Walling, finalmente, quien habló de nuevo. En esta ocasión dirigiéndose al joven reportero, como creyendo necesario y correcto ponerle al corriente de los hechos.

—Yo estoy enamorado de Ursula y deseo fervientemente casarme con ella. Pero ella es libre de elegir y lo cierto es que tiene otros tres admiradores. Esos

a los que antes me he referido, Patrick Rogger, David Coone y Richard Alien. Los he invitado, sí, para que Ursula no diga que no le facilito las cosas. En realidad, si venzo en mi empeño quiero hacerlo de una forma abierta y leal. Lo contrario lo consideraría indigno de mí mismo.

Will Leonard aceptó la explicación, dándola como buena. Pero la verdad es que aquel hombre se le antojó, una vez más, enormemente falso e hipócrita.

Incluso peligroso.

No mucho después, Edmund Walling se había ido. Dijo que tenía que arreglar unos asuntos pendientes.

—Medio Mittermann es suyo —comentó Ursula cuando ya estuvo fuera.

—Y en las afueras de Londres tiene dos fábricas muy importantes —dijo la señora Powers—. Indudablemente es un gran partido.

—Pero pica demasiado alto poniendo los ojos en su hija, en su bellísima hija — intercedió Will Leonard—. Tan alto que su pretensión roza, creo yo, el ridículo. Si podría ser su abuelo...

—¡Por Dios, no exagere usted! —protestó la señora Powers.

—No exagero —repuso el reportero, con naturalidad, como si nada—. Si su hija tiene sólo veinte años y si ese señor debe tener ya más de sesenta...

—No, no —se apresuró a hacer constar la señora Powers—. No tiene tantos, ni mucho menos. Apenas cincuenta. ¿Tan mal conservado le ve usted?

—Sí, francamente —sentenció Will Leonard—. Lleva muy mal los años. Pero, en fin, eso es cosa de Ursula, exclusivamente de ella. Si a ella le hace feliz esa unión, por el motivo que sea, pues adelante... Perdóname, Ursula, si sin pretenderlo he dicho alguna inconveniencia... Espero ser invitado a la boda.

Y sonrió tranquilamente tras haber lanzado las primeras piedras.

—A mí me parece una excelente, una bellísima persona —repuso la señora Powers—. Lo único que me desagrada de él es su secretario.

—¿Su secretario? —preguntó Will Leonard.

—George Cliff —repuso la señora Powers—. Un secretario eficaz y competente, que sin embargo parece complacerse en caerme mal a mí. —Y añadió—: No tiene familia, de ello que viva en la casa. Siempre que vamos allí, quieras que no, le tenemos que ver.

—Eso de que parece complacerse en caerle mal a mi madre —le hizo saber Ursula— es porque en cierta ocasión me habló a mí en unos términos que a ella no le gustaron nada.

—¿Qué términos fueron ésos? —preguntó Will Leonard, que como buen reportero que era le gustaba meter el olfato en todas partes.

Aunque ahora lo hacía todo por ayudar a esa preciosa chica, de cabellos negros y ojos verdes, que encontraba sencillamente maravillosa. Demasiado maravillosa si tenía presente que él, al menos hasta entonces, había sido un acérrimo enemigo del matrimonio.

—Me dijo que lo pensara mucho antes de casarme con Edmund Walling,

que aunque trabajaba a sus órdenes, vivía en su casa y cobraba un sueldo muy generoso, y a pesar de que le debía infinidad de favores, se creía en el deber de advertirme...

Ursula Powers se detuvo. Tal vez como si, en el fondo de sí misma, algo le hubiera dicho en aquel preciso instante que Edmund Walling, en efecto, no era el hombre que parecía ser.

—Continuaré yo —dijo la señora Powers—. Se creía en el deber de advertir a mi hija que ese hombre es una mala persona... ¡Imagínese, cuando todo el mundo le conoce por su generosidad!

—Si ese tal George Cliff es su secretario, quizá sepa mejor que los demás... — apuró el reportero—. En fin, yo tengo que ir a Mittermann. Es allí a donde me ha enviado el jefe de mi periódico para hacer mi próximo reportaje. Procuraré enterarme de quién es, y cómo es, exactamente, Edmund Walling. Con la máxima prudencia y discreción, por descontado.

—Se lo agradeceré —repuso Ursula, anteponiéndose a su madre, que iba a decir, sin duda, que era inútil e innecesario que indagara.

—Pero hay algo que no comprendo —dijo Will Leonard, tras un corto silencio—. ¿Por qué el secretario, George Cliff, se arriesga a hablar en estos términos de quien le permite vivir en su casa, y de quien, por lo demás, le paga un sueldo espléndido según él mismo reconoce? Eso puede ser peligroso para la integridad de su empleo, y él debe saberlo si es, como no lo dudo, una persona inteligente.

—Hay un motivo —intercaló la señora Powers—. George Cliff también está enamorado de mi hija.

—Entonces —dijo el reportero— no son cuatro los admiradores de su hija, sino cinco.

—No, son cuatro, por lo menos a juicio de mi madre —contestó Ursula—. Dada nuestra situación económica, sólo cuatro... George Cliff es pobre, depende de un suelo, por muy espléndido que éste pueda ser. El es el primero en darse cuenta de ello, por lo que nunca, jamás, se ha permitido conmigo el menor atrevimiento.

—Entonces —quiso saber Will Leonard— si nunca ha hablado en tal sentido, si nunca se ha permitido la menor insinuación, ¿cómo sabe usted, señora, que está enamorado de su hija?

La señora Powers no dudó en la respuesta. No dudó lo más mínimo. Estaba segura de lo que decía.

—Lo leo en sus ojos.

CAPITULO III

Desde que habían llegado a la fiesta que ofrecía Edmund Walling, no había sucedido nada de extraordinario. Todo se estaba desarrollando y desenvolviendo del modo más normal.

Aun así, Will Leonard seguía sin perderse detalle. Daba la sensación de estar esperando que pasara algo, y algo, francamente, importante.

Había estado, con Ursula y el dueño de la casa, contemplando el jardín. Igual que el de la señora Powers, se hallaba rodeado de una alta verja. Pero éste se hallaba esmeradamente cuidado. Además, la presencia de aquella planta, rara, exótica, de color tornasolado, contribuía a que la admiración se hiciera evidente.

Ahora ya había oscurecido y ellos, como el resto de los invitados, estaban en los salones. Salones magníficamente amueblados, decorados con gusto exquisito. Donde una orquesta de color amenizaba el baile.

Los tres admiradores de Ursula se habían acercado a la muchacha en múltiples ocasiones. Su asedio resultaba altamente significativo.

Patrick Rogger era un joven alto y rubio, que vestía con una elegancia cursi. Apenas sonreía. Hablaba pausadamente.

David Coone era de mediana estatura, de regulares facciones, y tenía el cabello castaño y los ojos de fría expresión.

En cuanto a Richard Alien, resaltaba su corpulencia, así como lo permanentemente acalorado de su rostro.

No se parecían físicamente, pues, en nada. Pero sí en lo que había dicho Ursula Powers. Los tres resultaban petulantes, demasiado preciados de sí mismos.

En determinado momento, Will Leonard reparó en lo que hacía el dueño de la casa.

Se acercó a Patrick Rogger y le dijo, bajando la voz, unas cuantas palabras. No muchas, francamente. Entonces el admirador alto y rubio de Ursula sonrió. Seguidamente se alejaba de allí de un modo disimulado.

Aquello le llamó la atención, aunque, bien mirado, no hubo nada de extraordinario en tal circunstancia.

De todos modos, se hubiera olvidado de la escena a no ser por lo que sucedió a continuación.

Y sucedió de súbito. En el preciso momento que Edmund Walling se acercaba a George Cliff, su secretario.

Se apagaron las luces, quedando todos ellos en una completa y total oscuridad.

Algo que puede suceder en cualquier casa, en cualquier fiesta. Algo por lo que, desde luego, no había por qué asustarse.

Pero todos se asustaron. Más que asustarse, para ceñirse a la verdad de los hechos, se aterrorizaron.

Porque al poco de producirse aquella súbita oscuridad, se oyeron unos gritos pavorosos, espeluznantes. Unos alaridos largos, y estridentes, que tenían que ser de muerte. Sí, sólo un ser humano cogido inapelablemente entre las garras de la muerte, podía gritar de un modo tan horrendo, tan escalofriante.

Los gritos habían llegado del jardín, pero hubiera costado decir, precisar, localizar, de qué parte.

Era junto a la planta, rara, exótica, de color tornasolado, dónde se había producido el horrendo hecho.

Patrick Rogger, alto y rubio, dando ya por descontado que iba a conseguir el amor de Ursula Powers, había, instantes antes, sonreído satisfecho.

El dueño de la casa acababa de decirle:

—Tengo un encargo para usted, de parte de Ursula...

Y a continuación le dijo que, sujeta a una de las hojas de esa planta, la muchacha le había dejado una nota.

Por un instante, aunque sólo por un instante, a Patrick Rogger le sorprendió que fuera Edmund Walling, precisamente él, quien le diera ese encargo.

Pero era un encargo que no sólo le complacía, sino que le halagaba, y se tragó el anzuelo.

Por eso, al poco, abandonó el salón y salió al exterior.

Se fue directamente hacia la exótica planta.

Cuando llegó allí, lo primero que hizo fue tantear con sus manos donde vio, o le pareció ver, que había un papel doblado.

No tuvo, en verdad, tiempo para nada más.

La planta, así que captó el contacto de un cuerpo humano, se agitó, se convulsionó de un modo violento, súbito. Como si una descarga eléctrica la hubiera sacudido.

Y en el acto, sus hojas se alzaron, cayendo luego fulminantemente hacia abajo y atrapando así en su interior al infeliz, que, ya sin necesidad de más, quedó convertido en su presa.

Lo mismo le había sucedido a Peter Powers, allá en el interior de la selva.

Pero ahora era Patrick Rogger quien se llenó de pánico, de espanto, de auténtico terror. Hasta tan desbordada medida que creyó que iba a morir de miedo.

Se halló en el interior de la planta, sintiendo junto a su cuerpo, desde los pies a la cabeza, cien, mil púas...

Loco de miedo, se puso a gritar. Pero sus gritos pronto se convirtieron en alaridos.

Las hojas de la planta se fueron apretando, hundiéndose implacablemente sus púas.

Lentamente, traspasaron primeramente sus ropas, luego atravesaron su piel y finalmente se incrustaron en su carne. A la vez por cien, por mil lugares distintos.

Extremidades, cuerpo, rostro, todo él se convirtió en una masa de carne llena de sangrantes heridas.

Sus alaridos cesaron de súbito. Las púas habían atravesado lugares vitales, como el hígado, el cerebro y el corazón...

La luz había vuelto a los salones.

Todo hubieran sido sonrisas, a no ser por aquellos gritos horripilantes de los que desgraciadamente no podía esperarse nada bueno.

Pero aunque unos y otros miraron a los alrededores esperando ver algo horrible, ninguno reparó en nada anormal. Todo estaba igual, exactamente igual que antes de pagarse las luces.

Sin embargo, era un hecho evidente que alguien había gritado de aquella forma tan pavorosa. Era un hecho evidente, pues, que algo había sucedido.

Pero, para empezar, ¿quién había gritado?

Los invitados se miraban entre sí, perplejos, interrogantes, en verdad sin saber qué pensar. Hasta que uno de ellos dijo.

—Falta Patrick... Falta Patrick Rogger...

En efecto, no se le veía por ninguna parte.

No, no le encontraron.

Salieron al jardín y siguieron su búsqueda. En algún sitio tenía que estar. Forzoso.

No, tampoco estaba en el jardín.

Resultaba insólito e inadmisible. Algo tan ilógico y sin sentido, que una mente normal no podía encontrar explicación a aquel hecho.

—Se habrá ido sin despedirse... —opinó uno de los invitados.

—Sí, sí —admitió otro—, pero ¿y esos gritos? Esos gritos horribles...

Todos seguían estremecidos, presintiendo que algo trágico e irreparable le había sucedido a Patrick Rogger.

Pero como no dieron con él por más que siguieron buscando, optaron finalmente por esperar, por dar tiempo al tiempo. Quizá por si el hecho se aclaraba por sí solo.

Se despidieron y se retiraron. Subieron a sus respectivos coches, poco después ya todos se encontraban lejos de allí.

—Ya hay uno menos... —murmuró entonces Edmund Walling.

En aquel momento empezó a llover. En Mittermann llovía muy a menudo.

* * *

Will Leonard no había dicho nada, no había comentado nada. Se había limitado, aparentemente al menos, a ser un invitado más. Uno más a no hacer deducciones fuera de la lógica.

Pero lo cierto es que pensó, meditó y sacó una consecuencia. Que no obstante, eso sí, decidió guardarse para sí.

La señora Powers quedó parpadeando al enterarse de lo sucedido. No, tampoco ella comprendía nada.

Fue entonces cuando Ursula muró al reportero y preguntó:

—¿Y tú, Will...? ¿Qué opinas...?

—Esta mañana he reparado mi coche, está ya en disposición de ser utilizado —y contestó esto puesto que la excusa que se habían buscado ya no la necesitaban, otra mejor la reemplazaba—. Pero dados los acontecimientos surgidos —y aquí surgía la nueva excusa— opino que debo quedarme un poco más... —miró a la señora Powers—. De todos modos, no se preocupe usted, no voy a abusar de su gentil hospitalidad. Buscaré una posada. Sin duda en Mittermann la hay.

—Sí, claro que la hay —asintió la señora Powers—. Pero usted sigue siendo mi invitado, así que no espere que le suelte tan fácilmente. La verdad es que deseo que, como buen amigo de mi hija, me siga honrando con su presencia.

—Es usted la amabilidad en persona, señora. —Will Leonard se inclinó hacia ella, le cogió una mano y se la besó. Y añadió—: No me extraña que Ursula sea tan encantadora. De una madre como usted, tenía que ser forzosamente así.

La señora Powers no pudo menos de decirse que era raro que su hija no le hubiera hablado nunca de aquel joven alto y atlético. Un joven del cual había que reconocer que tenía un gesto tan de aplomo y de seguridad en sí mismo, que daba gusto mirarle a la cara.

—Por lo demás —puntualizó la dama— me alegraré que se quede por si se complicara la situación. Con usted me sentiré más segura, mucho más segura.

—Gracias, señora. Pero ¿qué es en realidad lo que teme que se complique?

—No sé... Verdaderamente no sé...

Pero dio la sensación de que algo temía.

—¿Te asusta, acaso, lo que haya podido ocurrirle a Patrick? —le preguntó Ursula.

—Francamente, sí —reconoció la señora Powers—. Esa desaparición tan insólita me hiela la sangre.

—Mañana darán con él —dijo Will Leonard—. Pensar algo distinto sería, sin duda, dramatizar en exceso. ¿No eres de mi mismo parecer, Ursula?

—Tal vez sí —repuso la muchacha—, pero no me atrevería a asegurarlo. Si he de responder lo que verdaderamente pienso, me veo obligada a decirte que me parece que...

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Que eres tú, Will —observó—, el primero que está temiéndose que haya sucedido algo irreparable.

—Puerto que tan claramente lo expones, reconozco, Ursula, que tienes razón — aceptó el reportero—. Hablaba en otros términos para no intranquilizar...

—Dime, ¿qué crees, exactamente, que haya podido sucederle a Patrick Rogger? —la voz de la muchacha tembló.

—Temo que..., que... —pero no acabó de decirlo, temiendo asustar

demasiado a sus interlocutores.

—¿Qué teme? —se atrevió a preguntar la señora Powers luego de haber tragado saliva.

—Que esté... —empezó a decir.

—Que esté, ¿qué? —inquirió Ursula esta vez.

Will Leonard concluyó:

—Muerto.

CAPITULO IV

Vista de cerca, la localidad de Mittermann era aún más desapacible e ingrata que observada de lejos. Había tanto fango en sus calles, que éstas resultaban casi intransitables.

Pero Will Leonard tenía unas zancadas muy largas y ágiles, así que saltaba con facilidad los lugares más comprometedores, Por lo demás, no se molestó en merodear por allí. Fue directo al primer bar que vio. Allí en la barra encontraría sin duda, la información que necesitaba.

Le atendió un camarero joven, muy joven, el cual, por lo que pudo apreciar, resultaba algo torpe e inseguro a la hora de atender a los olientes. Dedujo que debía hacer muy poco que desempeñaba aquel trabajo.

—Oye... —le dijo así que le puso por delante la consumición solicitada—, soy forastero. ¿Es un buen sitio éste para descansar una temporada?

El jovencito pareció asombrarse de la pregunta. Por lo visto él estaba harto y más que harto de todo aquello.

—Si el fango no le molesta... —le contestó encogiéndose de hombros.

—A propósito, ¿quiénes viven en esas dos mansiones? Me refiero a las que hay sobre las colinas...

Y para facilitarle la movilidad de la lengua, pagó por adelantado, dándole una buena propina.

—Una señora que dicen que está arruinada, con su hija, que desde luego es una chica muy guapa.

La buena propina le había aclarado el semblante, haciendo brillar sus ojos.

—¿Y en la otra mansión...? —inquirió.

—Edmund Walling, un hombre muy rico. Aquí, en Mittermann, casi todo es suyo.

—¿También este bar?

—Sí, también. Mi patrón se lo tiene alquilado.

—¿Qué tal persona es Edmund Walling? Me han asegurado que muy generoso.

—Según con quién. Con mi patrón no; le pide por esto un alquiler demasiado elevado. Además, como viene poca gente, no sé si podremos seguir en el negocio.

—El señor Edmund Walling, ¿es soltero?

—Sí...

—Debe tener algún amor, ¿verdad?

—No, ninguno —respondió, y parecía seguro de lo que decía. Pero en seguida, como recordando algo, había de añadir—: Claro que, si se hace caso de lo que dicen los malintencionados...

—¿Qué dicen?

—Que se ha visto a Jacqueline, la hija de la dueña de la posada, salir de allí, subir la colina y meterse en su mansión. Por las noches, cuando ya todo

es oscuridad.

—¿Es guapa esa tal Jacqueline? —preguntó el reportero.

—Puede usted comprobarlo con facilidad, la posada está a menos de cien metros de aquí. Le advierto que si va y la muchacha le gusta, por ella no va a quedar... Por ella no queda nunca... —y le explicó, guiñándole un ojo en gesto de complicidad—: Es una chica insaciable, nunca tiene bastante... Pero que no me oiga mi patrón, siempre me riñe por lo mismo, dice que soy demasiado joven para hablar de según qué cosas.

—No lo considero yo así... —sonrió Will Leonard, tratándose de hombre a hombre, queriendo satisfacer la vanidad varonil del muchacho—. Además, si aseguras que ella es insaciable, que nunca tiene bastante, sin duda es porque has tenido ocasión propicia para darte cuenta de ello.

—¡Oh, bueno, uno no es un santo! —y se dio importancia, muy ufano, ya que el forastero le facilitaba las cosas.

—Pero el padre de esa joven llamada Jacqueline debe vigilarla, ¿no? —preguntó Will Leonard a continuación, queriendo más información.

—No tiene padre —dijo el joven camarero—. Lo perdió cuando ella era aún muy pequeña. Vive con su madre. Es una señora muy severa en todos los aspectos, incapaz de comprender a su hija.

—Una hija a la que voy a ir a conocer. Me has despertado la curiosidad.

—Está bien, señor.

Will Leonard salió del bar poco después, encaminándose hada la posada, que se hallaba, efectivamente, a menos de cien metros de allí.

Pero aunque había muy poco trecho, el fango existente entre ambos puntos era tan considerable, que convertía el camino, ya sin necesidad de más, en algo casi intransitable.

No le extrañó a Will Leonard que el jefe de su periódico le hubiera enviado allí para ambientarse debidamente y poder así explicar bien cómo era aquella localidad, que desde luego parecía inmensa y ahogada en fango. También le había enviado, claro, para tomar las pertinentes fotografías. Podía hacerse, verdaderamente, un buen reportaje.

Cuando entró en la posada, vieja y destartalada, no vio a nadie. Tras el mostrador de recepción no había persona alguna.

Pero los encargados de atender debían tener el oído muy fino, ya que al instante oyó unos pasos que se acercaban. Y apareció una joven de boca grande y carnosa, pómulos salientes y ojos vivarachos, con una hermosa cabellera rubia. Tenía el talle estrecho y el busto muy llamativo.

—Dígame, señor...

—¿Es ésta la única posada de la localidad? —preguntó Will Leonard. De alguna manera tenía que iniciar el diálogo. Y antes de ser respondido—: Tú eres Jacqueline, ¿verdad? He oído hablar de ti.

—Sí, yo soy Jacqueline —sonrió la chica, luego de calibrar la valía del desconocido por su alta estatura, o al menos dando esa sensación por su ojeada de arriba abajo—. Y ésta es, en efecto, la única posada de la localidad.

—Vengo a hacer un reportaje del lugar —informó Will Leonard—. Me envía mi periódico. ¿Te molestaría responder a unas cuantas preguntas...?

—Estoy a su entera disposición —dijo Jacqueline de un modo malicioso. Y añadió, en igual tono—: ¿De veras le han hablado de mí?

—Sí, te lo aseguro.

—Quiero creer que bien... —sonrió.

—¿Cómo iban a hablarme mal de una muchacha tan guapa?

—A veces, los despechados... —y saliendo de detrás del mostrador de recepción, se plantó con encanto, pero a la vez con indudable descaro, ante el forastero—. Porque los hombres los tengo así, así... —Y para hacer más elocuente su expresión, juntó los dedos de una mano, poniéndoselos, agrupados, ante los ojos—. Pero, claro, a todos no voy a complacerles. Y sólo digo que sí a los que me gustan —y chispeó su mirada.

—Lo encuentro razonable. ¿Y eres exigente? —preguntó, comprendiendo que iba a ligar en menos tiempo del que se necesita para decirlo.

—Me gusta serlo, cuando puedo... como ahora —se acercó más al joven, mirándole provocativamente—. Bueno, hágame las preguntas que quiera, ya le he dicho que estoy a su entera disposición. ¿O acaso prefiere hacérmelas en otro lugar más discreto...?

—Me gustaría —observó Will Leonard—. Los lugares discretos son mi debilidad.

—Mi madre merodea por aquí —le explicó Jacqueline—. Es muy severa conmigo, ¿sabe? Por eso, si usted quiere, vale más que nos reunamos en otro momento. ¿Le parece apenas haya oscurecido? Yo le abriría la puerta de la posada, la que hay en la parte trasera de la casa.

—Desde luego, me encantará preguntarte lo que necesito saber, a solas...

—A mí, también, me encantará contestar a sus preguntas, a solas.

No pudieron decirse nada más. Apareció la madre de Jacqueline. Quedó con la mirada fija en él, interrogativamente. Como preguntándole qué hacía con aquella charla.

Se trataba de una señora más joven de lo que Will Leonard se esperaba, apenas tendría cuarenta años. Y era más guapa, y más atractiva, y tenía mejor tipo, de lo que pudiera parecer a primera vista. Pero iba arreglada con severidad, vestía de oscuro, llevaba el cabello recogido en un moño, usaba medias negras, y todo en un conjunto contribuía a que su aspecto no llamara la atención. Pero Will Leonard era un experto.

No podían pasarle por alto los encantos personales de aquella joven señora.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó ella con cierta brusquedad.

—Nada, mamá —se apresuró a contestar Jacqueline—. Ya se iba. Está de paso.

—Buenos días —replicó secamente, dándole a entender que si no deseaba nada allí estaba de más.

* * *

Había oscurecido ya.

Junto a aquella puerta trasera, Will Leonard esperaba el momento de reunirse con la hija de la posadera. Pero no sólo aguardaba ese instante para hacerle unas cuantas preguntas, sino deseando tenerla entre sus brazos. Ella era una chica muy apetitosa y él un hombre muy vital que siempre estaba a punto.

Aún tuvo que esperar unos minutos.

Pero, al fin, la puerta se entreabrió. No mucho, apenas un par de palmos. Pero era suficiente.

Will Leonard se coló dentro de la casa y Jacqueline, seguidamente, cerró la puerta con el máximo sigilo. Acto seguido, ella hizo un gesto, indicándole un pasillo y una habitación, al fondo.

Luego Jacqueline se fue hacia el otro extremo del pasillo. Will Leonard no había de tardar en oírla decir:

—Me duele la cabeza, mamá. Voy a acostarme.

Se le reunió en seguida. Y como la impaciencia de la muchacha era vivísima, lo primero que hizo fue tenderle los brazos al cuello. Los ojos le brillaban febriles, llenos de deseo.

—Me parece, pequeña —comentó él—, que eres un volcán.

—Eso dicen... —sonrió—. A ti te gusta que lo sea, ¿verdad?

Y cerró la puerta de la habitación.

—Claro que sí... —respondió él.

Y ya ella acercaba su boca, ardorosa e impaciente, a la del hombre. Y ya ella, luego del beso, empezó a desprenderse de su vestido.

Lo hizo sin desperdiciar un solo gesto. Caía por su peso que estaba acostumbrada a hacerlo.

Will Leonard estrechó contra el suyo aquel cuerpo joven que ya estaba sin ropa y que se le ofrecía, impúdico, a la vez palpitante y tentador.

Ella le llevó hacia la cama. No encendió la luz, a pesar de que ahora, ya con la puerta cerrada, la oscuridad era casi completa. Le dijo:

—Así, a oscuras, mi madre no sospechará nada.

—De acuerdo, monada.

—Quítate la ropa...

—Con mil amores.

Pocos instantes después, se revolcaban en la cama. Los instintos sexuales de ella encontraban una buena réplica en la entera y recia virilidad de él. Por lo que experimentaron el goce sexual, hasta el máximo, hasta ya no poder pedirse o exigirse más el uno al otro. Ambos cumplieron de la manera más completa.

Fue luego de aquellos jadeos, cuando Will Leonard preguntó:

—Necesito que me hables de Edmund Walling. ¿Qué sabes de él?

—Lo que sabe todo el mundo —contestó ella—. Es un hombre muy rico. Es el dueño de medio Mittermann.

—¿Qué más...?—insistió.

—Nada más.

—Me parece que me engañas. He oído decir que tú le conoces muy... íntimamente. —Hubiera querido ver qué cara ponía Jacqueline, pero la oscuridad era demasiado intensa. No la veía. Sólo la sentía desnuda, pegada a él—. Y si lo dicen, debe ser por algo...

—A mí no me gustan los hombres viejos.

—Pero deben gustarte los hombres ricos.

—Sí, eso sí.

—Me han asegurado que te han visto salir de aquí, subir la colina y meterte en su mansión. Por las noches, cuando ya todo es oscuridad.

—No les creas... —pegó aún más su cuerpo al de él—. Yo no me he acostado nunca con ese hombre. Ni ganas, a mi me gustan jóvenes y guapos, como tú.

—¿Me estás diciendo la verdad?

—Y nada más que la verdad... —bromeó.

—¿A que no te atreves a jurármelo?

—¿Por qué no? Te lo juro. Por lo demás —añadió—, es fácil comprender que no te miento. Si yo fuera la amiga de ese hombre, no nos cobraría lo que nos cobra por esta posada, que es mucho, demasiado.

—Creía que tu madre era la dueña.

—No. Esto es propiedad de Edmund Walling. Como casi todo aquí, en esta localidad. Mi madre se la tiene alquilada, sólo eso.

—Bueno es saberlo.

—Escucha... —la voz de la muchacha se había llenado de sobresalto.

—¿Qué pasa? —preguntó Will Leonard.

—Mi madre me llama —se angustió.

—No he oído nada.

—Es mejor que salga... —Abandonó la cama, de un salto, y cogió a tientas una bata, cubriéndose con ella.

Salió al pasillo. Al poco, Will Leonard la oyó decir:

—Creía que me llamabas, mamá. Creía que me necesitabas para algo. Si no es así, me vuelvo a la cama. Sigue doliéndome mucho la cabeza.

Se metió de nuevo en el cuarto, volviendo a cerrar la puerta. E instantes después, ya sin la bata, se deslizaba otra vez en la cama, junto al cuerpo del hombre joven. Un cuerpo al que se apretó de un modo que, de puro enardecido, casi pecaba de violento.

No cabía dudarlo, con los brazos alrededor de cuello varonil, con su boca pegada a la de él, buscaba con ansia, con frenesí, un nuevo desahogo sexual.

«Como si no acabara de servirla...», pensó Will Leonard.

Pero ella siguió al ataque, ardiente como una llama, impetuosa como si todo su cuerpo fuera un puro frenesí, y él, hombre al fin, se vio envuelto de nuevo en el apasionado y apasionante juego.

Ya concluido todo, ella hizo ademán de levantarse. Como si acabara de oír

de nuevo a su madre, sintiéndose temerosa de algo.

Pero Will Leonard, que de tonto no tenía ni un pelo, no le dejó hacerlo. Y sin necesidad de encender la luz, dijo:

—Tu hija es un volcán... Pero tú eres lava ardiente...

Comprendiendo que había quedado al descubierto, que todo era ya inútil, la madre de Jacqueline, pues se trataba de ella, extendió el brazo y encendió la luz de la mesilla de noche.

—Sí, soy yo —reconoció.

Entonces la vio tal como la había imaginado, a pesar de la ropa con que la había visto cubierta. Una mujer con un cuerpo de formas tentadoras, con el cabello suelto y hermoso, con los ojos llameantes.

—¿A qué viene este truco...? —Inquirió Will Leonard—. No encuentro sentido a esto, porque tú sólita, con tus propios encantos, te bastas y te sobras para lo que sea...

—Gracias —le sonrió.

—¿Por qué lo has hecho? —quiso saber.

—Necesito tener buena fama.

—¿Sí...?

—Lo contrario podría costarme caro.

—Si tú lo dices...

—Lo digo.

—Sincérate conmigo, ¿quieres?

—No quiero. Eres un desconocido para mí.

—Al que te has entregado muy apasionadamente.

—No es la primera vez que mi hija y yo, de común acuerdo, nos repartimos un buen manjar. Nos gustan mucho los hombres, ¿sabes?

—He tenido buena ocasión de percatarme de ello.

—Has quedado bien servido, ¿eh?

—También habéis quedado bien servidas vosotras, ¿no?

—Sí, sí... Y tú tienes más mérito, porque has actuado solo...

CAPITULO V

La señora Powers había invitado a cenar a Edmund Walling y éste había aceptado encantado.

Así pues, estaban ahora reunidos alrededor de la larga mesa, ellos dos, Ursula y Will.

Este último acababa de llegar de Mittermann.

Había empezado a lloviznar, y las gotas daban contra los cristales del gran ventanal en un monótono y triste repiqueteo.

Pero ellos se hallaban engarzados en una animada y alegre charla. A lo que parecía contribuir las luces de la araña de cristal, que refulgía sobre ellos. Como si fuera un día de fiesta.

Lo era, al menos para la señora Powers. Quien volvía a experimentar la deliciosa sensación de sentirse en lo alto de un pedestal.

A menudo, últimamente, al recordar cuál era su situación económica, se acobardaba, se encogía en sí misma, y quieras que no se volvía humilde. O si no llegaba a tanto, le faltaba muy poco. Pero Edmund Walling había aceptado quedarse a cenar, tras una amorosa y significativa mirada a Ursula, y eso había bastado, y más que bastado, para que todo su orgullo saliera de nuevo a flote.

Pero Ursula no se sentía tan satisfecha como su madre, pues Edmund Walling, como marido, no le gustaba nada. Menos aún desde que había conocido a aquel flamante reportero.

Que por cierto había permanecido muchas horas en Mittermann. Lo que a ella le hacía temer, o presumir, o lo que fuera, que había estado en la posada y que había conocido a Jacqueline. En cuyo caso, la tardanza ya estaría explicada. Lo mejor que podía hacer, empero, era preguntárselo a las claras así que tuviera ocasión de ello. No, mejor no preguntárselo.

—Casi me avergüenza esta alegre y animada charla —dijo Edmund Walling poco después—. Cada vez que pienso en la desaparición de nuestro común amigo Patrick Rogger...

—Una desaparición incomprensible, desde luego que sí —observó la señora Powers—. Pero aunque sea incomprensible, no por ello tiene que ser necesariamente trágica.

—Esperemos que se le encuentre, sin que le haya sucedido nada malo —intervino Will Leonard—. Aunque yo, con franqueza, no creo en ese milagro.

—¿No? —Inquirió Edmund Walling, fingiendo sorpresa—. Entonces, ¿qué cree?

—Creo que ya no está con vida —repuso Will.

—¿Muerto? —se sorprendió aún más, por lo visto creyéndolo necesario.

—Sí, eso he dicho —ratificó Will Leonard—. Lo cual no debe extrañar a nadie. Después de aquellos gritos horribles, de aquellos espantosos alaridos, lo natural es deducir eso, ¿no?

—De estar muerto, hubiéramos encontrado su cadáver. Un cuerpo sin vida, que yo sepa, no puede huir, no puede evaporarse. Además, para que una persona muera violentamente, alguien ha de asesinar...

—A eso iba —manifestó Will—. Existe un asesino. Estoy seguro de ello.

—Me parece que usted, como reportero, peca de un exceso de imaginación.

La señora Powers quiso, ahora, quitar importancia al asunto.

Sin duda porque Edmund Walling estaba presente y porque el suceso al que se refería se había llevado a cabo en su propia casa.

Pero no tuvieron tiempo de convencer más respecto a ese asunto. De pronto, se oyó el aldabón de la puerta de entrada. Unos golpes fuertes, precipitados, que ciertamente no auguraban nada bueno.

Instantes después, entrada precipitadamente en el comedor George Cliff, el secretario de Edmund Walling. Aquel hombre, de unos cuarenta años, de mediana estatura, escaso cabello y rostro pecoso, que desde hacía muchos años atendía todos sus negocios con gran eficacia y competencia.

Pero ahora, en esos momentos, George Cliff no era más que un ser con los nervios a flor de piel, tembloroso de pies a cabeza, que ni siquiera acertaba a hablar.

—Señor Walling... Señor Walling... —jadeaba, simplemente eso.

—Pero ¿qué sucede, George? —Edmund Walling había echado atrás la silla, levantándose.

—Algo horrible... Algo verdaderamente horrible... —George Cliff seguía jadeando.

—Nos está asustando —dijo la señora Powers, toda sofocada—. ¿Qué pasa?

—Dígalo de una vez —suplicó Ursula.

—Se trata del cadáver de Patrick Rogger, ¿no es eso? —inquirió Will Leonard, y él a su vez se puso en pie.

—Sí, sí... —asintió George Cliff, que parecía, no obstante, haberse calmado ya algo—. Ha aparecido...

—¿Dónde?—preguntó Edmund Walling.

—Yo he estado hasta hace poco hablando con el inspector de policía. Incluso, como se ha puesto a lloviznar, me ha acompañado con su coche hasta aquí —explicó George Cliff—. Pues bien, antes de despedirme del inspector, he oído gritar a nuestra sirvienta... Mejor dicho, ambos la hemos oído gritar... Así que, el inspector me ha seguido... ¿Y qué creen que nos hemos encontrado al entrar en la casa?

—Ni idea —dijo la señora Powers.

—Prosigue, George —apremió Edmund Walling.

—Nos hemos encontrado con el cadáver de Patrick Rogger, en el jardín... Un cadáver con cien, con mil heridas. Como si una maquiavélica e incansable mano humana le hubiera asentado, con un hiriente estilete, cien mil contundentes golpes. Estaba inundado de sangre coagulada.

—No es posible —murmuró Edmund Walling—. Pero ¿quién ha podido llevar el cadáver hasta el jardín?

—Resulta incomprensible —dijo la señora Powers.

—Podemos ir a echar un vistazo —apuntó Will Leonard—. Con eso no perderemos nada.

—El inspector de policía le espera, señor Walling —le hizo saber George Cliff—. Le he dicho que estaba usted aquí y me ha rogado que vaya.

—Sí, sí, en seguida... —se volvió hacia la señora Powers y hacia Ursula—. Le ruego que me disculpen.

—Podemos ir a echar un vistazo —apuntó Will Leonard.

—Claro que sí —asintió Edmund Walling.

Poco después, los tres hombres se presentaban ante el inspector, al cual encontraron aún en el jardín. Y allí estaba el cadáver de Patrick Rogger, en la misma postura en que fue hallado. Mirarle resultaba verdaderamente un espectáculo alucinante.

El inspector de policía había interrogado ya a la sirvienta, la persona que había topado inesperadamente con el cadáver.

También interrogó a Edmund Walling y a George Cliff, y a Will Leonard. A todos ellos.

Pero no sacó pistas, se quedó sin poder atar cabos. Todo aquello estaba demasiado confuso.

—De igual forma murió Peter Powers, mi amigo —repuso Edmund Walling—. Eso fue en África, en plena selva.

—¿Y qué deducción saca? —preguntó el inspector de policía, que por lo visto no tenía ninguna.

—Saco la deducción —subrayó— de que el asesino ha querido emular aquella muerte. Son análogas las características...

—Podría pensarse, puestas así las cosas —dijo el inspector de policía—, que el asesino, que ahora está aquí, antes estuvo allá...

—Sólo yo, y mi secretario, George Cliff, estuvimos allí —detalló Edmund Walling, con todos los triunfos, evidentemente, en la mano—. Pero tanto mi secretario como yo, estábamos en los salones, con nuestras amistades, cuando Patrick Rogger gritó de aquella manera tan espantosa. Puede preguntarlo a quien sea y asesorarse al respecto. Le digo la verdad.

—Siendo así, siendo así... —y el inspector se rasgó el mentón—. Este asunto no está nada claro.

—Desde luego que no —dijo George Cliff—. De todas maneras, contamos con usted. — Y añadió—: El hecho ha sucedido en esta casa y nosotros somos, de rebote, los más directamente afectados por el suceso.

Will Leonard permaneció bastante rato en la casa, pero hizo ver que todo aquello lo encontraba sin pies ni cabeza. Algo inexacto, por descontado, pues él, debido sin duda a su profesión, tenía por norma sacar siempre rápidas conclusiones. Pero no, no consideró oportuno decir lo que pensaba al respecto y merodeó por allí haciéndose el tonto.

Aunque lo cierto es que Edmund Walling le miró en un par de ocasiones, de manera fija, profunda, no terminando de creerse que fuera tan de fiar y tan inofensivo como parecía.

* * *

Cuando llegó la ambulancia y se llevó el cadáver para su correspondiente autopsia, y cuando poco después se fue el inspector de policía, y cuando, finalmente, Will Leonard hizo otro tanto, George Cliff dijo:

—Quisiera hablar a solas con usted, señor Walling.

Este le miró un poco sorprendido. Aunque más por su expresión que por sus palabras.

—Vayamos al despacho —respondió.

Ya allí, con la puerta cerrada, el secretario empezó a hablar sin demasiadas vacilaciones.

—Me ha visto usted muy nervioso, muy alterado... La verdad es que he fingido estarlo... La aparición del cadáver no me ha sorprendido en absoluto.

—¿Ah, no? —y quedó a la expectativa.

—No. Ahora bien —siguió diciendo—, confieso que todo esto no me gusta demasiado. Tal vez porque sospecho que el asesino vive muy cerca de aquí... —recalcó esta última palabra.

—No te entiendo, George.

Pero vio en entredicho su seguridad personal y se sobresaltó.

No quería que nadie pudiera sospechar la verdad. Esa verdad que él había dado por seguro que nadie llegaría nunca a descubrir. Esa verdad que se hallaba escondida tras un diabólico plan asesino.

—Verá, señor Walling —repuso el secretario, con voz pausada—. Se me ha metido una idea entre ceja y ceja, y creo, sinceramente, que el inspector agradecería mucho que se la brindara... Pero yo me he dicho: ¿qué vas a ganar haciéndolo? Me he respondido que nada, absolutamente nada. Así pues, he llegado a la conclusión de que es más inteligente callar. ¿No opina usted lo mismo que yo?

—No sé... —vaciló Edmund Walling—. No sé...

—Usted quiere casarse con Ursula Powers, ¿no es eso? —El secretario se había decidido a afrontar el tema cara a cara, abiertamente, ya sin subterfugios—. Le alabo el gusto, es una chica preciosa. He de reconocer, incluso, que a mí también me gusta. Si yo fuera un hombre rico, sería su rival, no lo dude. Pero no soy rico, así que lo sensato, lo razonable, es que me deje de sueños y saque tajada de lo que pueda...

Se detuvo. Se quedó mirando fijamente a Edmund Walling, sin pestañear.

Este dijo, a continuación:

—Sigue hablando, George. Te escucho.

—Yo no diré nada a la policía de lo que creo saber... Ni tampoco hablaré cuando suceda algo más, que estoy seguro de que sucederá. —Y agregó—:

Yo no le ayudaré a usted en nada, señor Walling, pero le favoreceré callando... Callando hoy, mañana y siempre, ¿me comprende? Sólo le pido a cambio dos cosas.

—¿Cuáles son? —quiso saber, muy predispuesto, por descontado, a llegar a un acuerdo.

—Primero, que Ursula no sufra el menor daño. Aunque creo innecesario hacer hincapié en este pormenor, pues si la muchacha le gusta a usted, y piensa casarse con ella, usted será el primero en no querer lastimarla.

—Por descontado. ¿Qué más...?

—A partir de hoy, me doblará el sueldo. Eso es todo.

Edmund Walling no tardó en responder. La verdad es que no le pedía mucho. Se ponía a tono.

—De acuerdo, George.

CAPITULO VI

El inspector no había llegado a ninguna deducción válida. Y unos y otros, ante la ineficacia de las investigaciones, ahora parecían dar por descontado que nunca llegaría a aclararse nada.

Así la situación, Edmund Walling creyó llegado el momento de seguir adelante con el plan que se había trazado. Donde, de sus tres rivales, uno había dejado ya de existir. Sólo le faltaban dos...

Volvió a organizar una nueva fiesta. A la que invitó, como en la anterior ocasión, a sus mejores amigos y, cómo no, a Ursula. Esta vez también a su madre, puesto que la señora Powers se encontraba mejor del corazón.

Hubiera querido desentenderse de Will Leonard, a quien por lo visto no le seducía mucho la idea de regresar a la ciudad, pero, las cosas en su sitio, el joven reportero supo arreglárselas para que la invitación fuera extensiva a él. Y como no ofrecérsela gentilmente hubiera podido resultar sospechoso, se había esforzado en hacerle creer que su compañía sería un verdadero placer.

Ahora bien, algunos de los invitados se presentaron a la fiesta con cierto recelo, con cierta indudable aprensión, como si, en el fondo, temieran que el hecho acaecido volviera a repetirse. Aprensión y recelo al que Edmund Walling, desde el primer momento, trató de quitar importancia.

Bueno, lo único importante, y efectivo, era que los invitados, de mejor o peor ganar, se habían presentado. Incluidos David Coone y Richard Alien.

¿A cuál de los dos eliminaría antes?

Edmund Walling estuvo depositando en ellos su atención. Pensando en cuál, una vez muerto el otro, sería más valiente, y capaz, por tal, de aceptar una nueva invitación para pisar su casa.

Optó por eliminar primero a David Coone, por parecerle el otro, Richard Alien, con su recia corpulencia y su rostro permanentemente acalorado, más idóneo para lo que pretendía de él.

La fiesta había empezado bien. Y ahora, aproximadamente una hora después, serían ya las once de la noche, todos empezaban a divertirse, a desentenderse de lo que hasta entonces más de uno parecía haber temido.

Con su negra cabellera suelta y brillantes sus ojos verdes, llevando un vestido encantador, Ursula estaba bellísima, y Edmund Walling, cada vez que la miraba, dando ya por descontado que al final sería para él, se relamía de gusto. Pero disimulaba. Claro.

Sin embargo, algo le tenía seriamente contrariado. La intervención, más o menos manifiesta, pero evidente, de ese reportero, cuyos ojos acerados hablaban de una voluntad muy firme y férrea.

Se estaba metiendo donde nadie le llamaba y eso, a la larga, podía resultarle peligroso.

Bueno, si no se marchaba pronto le daría un escarmiento. Así aprendería.

Ahora tenía que limitarse a pensar en David Coone. Era la nueva víctima.

Había llegado el momento.

Se le acercó.

—David —le dijo—, vengo a darte un encargo.

—¿A mí? —Se sorprendió—. ¿Un encargo?

—Sí, y de quien menos puedes imaginarte. Se trata de Ursula.

—¿De Ursula? —volvió a inquirir.

—Parece que quiere verte... —repuso Edmund Walling con el tono más inofensivo del mundo.

—Acabo de bailar con ella. No me ha dicho nada.

—Quiere verte a solas. Pero eso mañana, en otra parte. No desea que su madre, de momento, se entere de vuestra cita. Eso al menos es lo que acaba de decirme.

—Lo encuentro un poco raro...

—Me ha dicho —prosiguió Edmund Walling— que te ha dejado escrita una nota. Allí te señala el lugar en que te esperará mañana.

La íntima satisfacción que experimentó, hizo que David Coone acabara creyendo en aquellas palabras.

—¿Y dónde me ha dejado la nota?

—En el jardín —le comunicó el dueño de la casa—. ¿Sabes la planta que me traje de África? Pues allí, entre sus hojas.

—De acuerdo. Gracias.

—Vete cuando nadie te vea. Así procederás con la discreción que Ursula desea de ti.

—Sí, claro —asintió—. Y repito, gracias.

Consiguió salir del salón sin que nadie reparara en él. Dejó a Ursula bailando con aquel joven, alto y atlético, que le habían dicho que era reportero. Dejó a la señora Powers muy entretenida con la charla que sostenía con una señora también mayor. Dejó a Richard

Alien, el otro admirador de Ursula, bebiendo un whisky. Dejó a George Cliff, el secretario de Edmund Walling, charlando amigablemente con un señor bajito. En cuanto al dueño de la casa, hablaba de negocios con un personaje al parecer de mucha categoría. En fin, nadie reparó en que se iba de allí.

Ya en el exterior, guiándose sólo por el resplandor de las escasas estrellas que parpadeaban en el cielo entre nubes cada vez más compactas, se adentró en el jardín hasta llegar al lugar en que se hallaba la planta. Esa planta rara, exótica, de bellísimo color tornasolado.

La miró con atención, queriendo ver la nota que Ursula le había escrito. Pero no reparó en ningún papel y para ayudarse en la búsqueda alargó las manos y tanteó...

Fue lo último que hizo.

La planta se agitó, se convulsionó de un modo súbito y violento, así que captó el contacto de un cuerpo humano. Como si una descarga eléctrica la hubiera sacudido.

Y en el acto, sus hojas se alzaron, cayendo luego violentamente hacia abajo y así, sin más, atrapándole.

Quedó allí dentro, aprisionado e inmovilizado entre púas... Al momento, cómo no, se sintió lleno de pánico, de horror.

Y recordando lo sucedido a Patrick Rogger, se puso a gritar como días antes gritara éste. Loco de espanto.

Unos gritos que, casi inmediatamente, se convirtieron en alaridos.

En los salones todos se habían quedado inmovilizados.

Lo estaban pasando muy bien y ya nadie pensaba en que la noche pudiera acabar mal.

Pero aquellos espeluznantes gritos, semejantes a los que ya oyeran en otra ocasión, les pusieron a todos los pelos de punta.

Algunos, no obstante, ponían cara de sorpresa. No exactamente porque el hecho se repitiera, sino porque daban la sensación de haber esperado que, de suceder algo, fuera después de un corte de luz. Como la otra vez.

No sabían que aquel hecho fue casual, fortuito, que no estaba en modo alguno programado por el asesino. Fue un hecho circunstancial, que contribuyó, sin buscarlo, a dar suspense a lo sucedido. Simplemente eso.

Como fuera, ahora algunos parecían echar a faltar aquel apagón de luz.

Sin embargo, no todos se sintieron momentáneamente desconcertados. Y menos que nadie, Will Leonard, pues había acudido allí presto a reaccionar, dispuesto a que no se le escapara detalle.

Así había sido, y la prueba es que cuando David Coone había abandonado los salones creyendo que nadie reparaba en lo que hacía, él, aunque disimuladamente, le siguió con la vista.

Pero se limitó a quedar a la expectativa, porque en realidad no podía de momento hacer otra cosa. Además, si todos los posibles sospechosos estaban allí, al alcance de sus ojos, en buena lógica no debía temer que sucediera nada malo, o por lo menos nada irreparable. Sin un asesino actuando, no podía haber un muerto...

Sin embargo, aquellos alaridos acababan de demostrarle lo contrario.

—¡Ha sido en el jardín! —Exclamó, rápido, rápido, pensando que aún, quizá, se pudiera llegar a tiempo—. ¡Salgamos!

Varios de los invitados le siguieron. Y por descontado también lo hizo el dueño de la casa y su secretario. Y asimismo Richard Alien, el otro pretendiente de Ursula, que ahora, como presintiendo que la nueva víctima iba a ser él, temblaba como si fuera puro mercurio.

Pero en el jardín no encontraron a David Coone y eso que, para facilitar la tarea, encendieron todas las luces de la terraza.

Allí no estaba.

En ninguna parte.

Igual que si la tierra se lo hubiera tragado.

—Esto resulta demencial... —opinó Edmund Walling para ponerse a tono con las circunstancias.

—Siempre sucede aquí, en esta casa... —dijo la señora Powers, muy impresionada.

—Me enorgullecía de mis fiestas —repuso el dueño de la casa—; pero alguien, por lo visto, se está empeñando en desacreditarlas... Qué duda cabe, tengo un acérrimo enemigo...

Y así, Edmund Walling echó más humo sobre todo aquello. Eso nunca podría perjudicarle. Todo lo contrario, le beneficiaría, y mucho.

—La verja de hierro es alta —razonó seguidamente Will Leonard, haciéndose oír por todos—. Por lo que el asesino no ha podido huir fácilmente y menos aún, claro está, llevándose a la víctima... No obstante, la víctima ha desaparecido y el asesino también.

—No podemos asegurar que David Coone esté muerto —dijo George Cliff, el secretario.

—Con un botón de muestra supongo que basta, ¿no? —Inquirió Will Leonard—. Y el botón lo tuvimos con Patrick Rogger. De todas maneras, es indudable que mientras no aparezca su cadáver...

—Hay que avisar inmediatamente al inspector —repu so George Cliff—. Esta situación es cada vez más incomprensible. Yo cada vez lo entiendo menos...

Edmund Walling miró a su secretario, mientras pensaba que no se estaba limitando a favorecerle con su silencio, sino que le ayudaba a las claras con sus palabras y con sus comentarios. Pensó, pues, que se estaba ganando holgadamente y sobradamente el sueldo doble que le había pedido.

—Me estoy mareando —dijo la señora Powers—. Voy a retirarme. Si cuando llegue el inspector quiere interrogarme, ya sabe dónde puede encontrarme. ¿Vienes conmigo, Ursula?

—Claro que sí —asintió la muchacha.

—Yo les acompaño —repuso Will Leonard—. Dadas las cosas extrañas que suceden, no me atrevo a dejarlas solas.

—Es usted muy gentil... —sonrió la dama.

—Lo que usted se merece, señora. Y lo que se merece su hija, por quien reconozco que cada día me siento más cautivado...

Y dicho esto, miró de pronto a Edmund Walling. Como queriendo cogerle desprevenido.

Le cogió. Edmund Walling hizo un gesto violento, sin poder evitarlo. Un gesto que no consiguió controlar.

Quedó claro que le irritaba enormemente tener rivales.

* * *

Ya en su casa, la señora Powers carraspeó un poco, sin duda para aclararse la garganta, y luego se dirigió al reportero.

—¿Qué ha querido decir con eso de que cada día se siente más cautivado por Ursula...?

—Pues eso, exactamente eso —reconoció—. Suponía que se había dado cuenta. Sí, estoy muy interesado por ella. —Y añadió—: Lo malo es que Ursula necesita un marido rico y yo no tengo dinero...

Y Will Leonard no necesitó más para, a continuación, exponer a la buena señora sus propias teorías sobre el amor y el matrimonio. Y como, claro está, tenía muy presente la ayuda que en tal sentido necesitaba la muchacha, recalcó una y otra vez las lamentables consecuencias que suele conllevar para una muchacha, la búsqueda, por medio de una boda, de una estable situación económica.

Pero no lo expuso de una manera forzada, ficticia, sino de una forma sencilla, convincente, llena dé naturalidad. Dio la impresión de que todo aquello le surgía así, en aquel momento, por las buenas.

A la señora Powers la afectaron aquellas palabras. Demasiado bien dichas y expresadas para que no la afectaran.

A pesar de eso, manifestó acto seguido:

—Mi hija necesita un marido rico, muy rico. No tiene otra elección. Ella ya lo sabe.

—Pero a este paso —señaló el joven, ahora con un gesto medio irónico medio burlón— va a quedarse sin pretendientes. Ya van dos muertes...

—Dos no —puntualizó la señora Powers—, porque el cadáver de David Coone aún no ha aparecido. Por lo tanto, hasta entonces, cabe esperar...

—Eso ya no lo espera ni usted, y permítame la franqueza —subrayó, añadiendo—: El cadáver aparecerá mañana, aproximadamente a las veinticuatro horas de su desaparición... Lo mismo que en el caso de Patrick Rogger...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó esta vez Ursula.

—No lo sé —reconoció Will Leonard—. Pero desde luego me lo veo venir.

—Algo debe inducirte a creerlo así, ¿no? —insistió Ursula.

—Supongo que sí —admitió—. De todos modos, lo único que realmente veo claro es que ese jardín está endemoniado... —Y tras unos segundos de reflexión, añadió—: Voy a salir. Es imprescindible que lo haga.

—¿Va a salir a estas horas...? —se sorprendió la señora Powers.

—¿Acaso te espera alguien en Mittermann? —preguntó Ursula más celosa que otra cosa.

—¿Qué te hace suponer que desee ir a Mittermann? —inquirió a su vez el reportero complacido, altamente complacido de aquellos celos que entreveía, pero disimulando en lo posible, eso sí, su propia complacencia.

—Allí hay una posada... —empezó a decir ella.

—¿Y bien? —quiso saber, muy serio.

—La posadera tiene una hija que se llama Jacqueline. Es una muchacha muy complaciente...

—¿De veras?

—Lo sabe toda la localidad.

—Yo no soy de aquí —despistó.

—Bueno, bueno, dejémoslo estar.

—¿Y a qué va a salir, señor Leonard? —Preguntó seguidamente la señora Powers—. Si no es una indiscreción por mi parte preguntárselo.

—No, no, en absoluto. —Y agregó—: Voy a saltar una verja. Como solía hacer de niño cuando quería coger fruta de algún árbol que era de propiedad ajena.

—¿Va a saltar una verja...? —se asombró.

—Sí, me interesa echar un vistazo al jardín de Edmund Walling. Puede resultar muy interesante.

—Recuerda —Ursula se había sobresaltado— que acabas de decir que ese jardín está endemoniado. Puede pasarte algo.

—No lo creo probable. Voy a ir dispuesto a afrontar cualquier contingencia.

—Aun así, Will —la muchacha le miró con el temblor aleteando en sus preciosos ojos verdes—, no me gusta que vayas. Si te pasara algo...

—No te preocupes. Volveré sano y salvo —le aseguró.

CAPITULO VII

Había saltado la verja y ahora estaba allí dentro, en el jardín.

Todos los invitados se habían ido ya. No había luz ni en uno solo de los ventanales de la mansión. Por lo que allí no llegaba ninguna claridad, siendo la oscuridad casi completa.

Con doble motivo, pues aunque seguían brillando algunas estrellas, éstas eran ya muy pocas porque las nubes iban taponando inexorablemente la bóveda celeste.

En conclusión, Will Leonard tuvo que quedarse un rato quieto, esperando que su vista se habituara a aquellas sombras.

Cuando sus pupilas pudieron captar más o menos correctamente el contorno de los árboles y de las plantas, se adentró en el cuidado recinto. Pero se adentró lenta y pausadamente, agudizando el oído. Sabía que, si sus sospechas eran fundadas, aquel juego era peligroso. Todo lo peligroso que puede ser el que uno se juegue la propia vida.

Pero nadie debía saber que estaba allí y eso le favorecía. Aunque, bueno, a este respecto no quería hacerse demasiadas ilusiones. Parecía, en efecto, que nadie estuviera reparando en él, en su incursión. Sin embargo, cabía, pese a todo, que en el momento menos esperado...

Lo dicho.

De súbito, unos pasos se precipitaron hacia él y un hombre le cayó encima con gran violencia. Un hombre que llevaba oculto el rostro tras una media de nilón, negra. Un hombre que en su mano derecha sujetaba un afiladísimo cuchillo.

Se engarzaron en una furibunda lucha. Las intenciones del atacante eran, no cabía dudarlo, eliminarle de la manera más rápida y fulminante. Y los deseos de él, por descontado, no permitírselo. Y además, desenmascarar a su peligroso adversario.

En consecuencia, la lucha les hizo rodar por el suelo y darse de puñetazos, y de patadas, que de todo hubo en aquel auténtico duelo a muerte.

Sí, la pelea se convirtió en una arrebatada y encarnizada lucha, pues si bien Will

Leonard era joven y fuerte, con músculos de acero, su enemigo no tenía nada de débil y por lo demás, claro, contaba con la inestimable ventaja de aquel cuchillo.

Pero Will Leonard, a la larga, tenía que triunfar de su adversario. En buena lógica no podía ser de otra manera. Su superioridad, pese a todo, resultaba manifiesta.

Así pues, consiguió arrebatarle el cuchillo, al mismo tiempo que el misterioso agresor lanzaba un irreprimible gemido. Se trataba de que el cuchillo, al pasar de una mano a la otra, había herido la muñeca del que ahora, ya sin arma, iba a luchar en franca y evidente desventaja.

Consciente de ello, indudablemente pensó que le convenía escapar de allí lo más rápidamente posible. Antes de que Will Leonard, abatiéndole, pudiera quitar de su rostro aquella media de nilón negro, tras la que protegía su rostro, su identidad.

Por lo que, sin pensárselo más, echó a correr.

Will Leonard le persiguió, pero allí, en el jardín, sólo había sombras, oscuridad. Y la oscuridad y las sombras, le tragaron, le engulleron, haciéndole desaparecer.

El reportero, a pesar de su acostumbrada sagacidad, de su habitual perspicacia, se quedó sin saber cómo se las había ingeniado para dejarle con la miel en la boca.

Porque había dado por descontado que aquel hombre ya no se le escapaba, por lo que pronto iba a quedar todo aclarado, esclarecido. Sabiendo ya de fijo quién era aquel hombre, lo demás llegaría rodado.

No, las cosas no le salieron tan bien. Su enemigo había huido. Y aunque Will Leonard creía saber ya quién era, la verdad es que le faltaba poder atestiguarlo.

De todos modos, había adelantado en sus pesquisas.

Ahora sabía que la muñeca de su enemigo estaba herida. Tenía ya en su poder, pues, el modo infalible de reconocerlo.

* * *

Apenas entró en la casa con la llave que le había entregado la señora Powers para que todo le resultara más sencillo si regresaba tarde, Will Leonard se dio cuenta de que no todos estaban durmiendo.

Ursula se hallaba en el saloncito, esperándole. Al verle aparecer se levantó con presteza, dirigiéndose hacia él.

—Temía que te hubiera sucedido algo...

Y calmada al respecto, se limitó a respirar hondo.

—Ya ves que no.

—¿De veras? —preguntó la muchacha.

No estaba muy convencida. Acababa de reparar en lo despeinado que iba y en lo sucias que estaban sus ropas. No, no todo había ido bien.

—Sí, de veras. Pero me halaga —sonrió— que te hayas sentido inquieta por mí. Eso significa que te importo algo...

—Te has metido en esto por mí. Lo menos que puedo hacer es desear que no te pase nada malo, ¿no te parece?

—Es posible. Pero soy un poco vanidoso y me parece que tu inquietud se debe a algo más.

—¿A qué?

—A que te gusto bastante más que tus otros cuatro admiradores. Qué digo cuatro, dos... Ahora sólo te quedan dos.

—¿Acaso ha aparecido ya el cadáver de David Coone?

—No, pero podemos darle por muerto. Así pues, lo que te decía, te quedan ya sólo dos admiradores ricos. Oye —quiso saber—, ¿cuál de los dos merece más tus simpatías? Al ser ahora menos, te será más fácil decidirte...

—Ninguno —dijo ella.

—Pero puesta a elegir...

—Ninguno —repitió.

—Vaya, que te gusto más yo —bromeó Will Leonard.

—Pero tú no tienes dinero. Aun así —reconoció Ursula— le caes muy bien a mi madre. Debes tener un hechizo especial, de otro modo no se comprende. Hasta ahora, mi madre bufaba descaradamente así que veía a un joven de buena planta a mi lado. A un joven sin dinero, se comprende.

—Si lo de buena planta es cierto, podríamos hacer una magnífica pareja; tú eres muy guapa... Tendríamos unos hijos preciosos. Lástima —agregó con gesto burlón— que eso del matrimonio me venga a contrapelo.

—Oye, le has dicho a mi madre que cada día estás más cautivado por mí. ¿Lo has dicho porque es cierto o simplemente por decir? La curiosidad no me deja vivir.

Y ella a su vez también bromeó.

—¿Qué crees tú? —preguntó él.

—Deseo saber, no lo que creo yo, sino lo que piensas tú.

—Pues te responderé sinceramente, desde que te conozco estoy que no pienso en otra...

—Eres un mentiroso.

—No, no, te aseguro que es la pura verdad.

—De serlo, no hubieras estado el otro día tanto tiempo en Mittermann.

—¿Y eso...?

—La hija de la posadera es muy atractiva, ¿eh? Pero eso no me obliga a mí a ser tonta. Conque ya lo sabes, adiviné de sobra lo que habías hecho.

—Te veo celosa.

—¡Qué más quisieras tú!

—Sí, me gustaría... —reconoció—. Me gustaría mucho.

—Pues no estoy celosa.

—Por si acaso —se acercó a la muchacha y la estrechó sus brazos— voy a intentar consolarte.

—Ni se te ocurra —protestó, viendo que se disponía a besarla.

Pero protestó flojo y débil. Lo suficientemente débil y flojo para que él no le hiciera el menor caso.

No se lo hizo. Por descontado que no.

Y el beso fue tan largo, tan inacabable, que Ursula se quedó materialmente sin respiración. Un poco más y casi se ahoga.

—¿Qué tal el beso...? —preguntó Will Leonard, instantes después.

Ursula sonrió, reconociendo;

—Medalla de oro.

CAPITULO VIII

A la noche siguiente.

Will Leonard estaba tenso, a la espera de lo que, sin lugar a dudas, sucedería de un momento a otro.

Pero no hablaba, no decía nada. Prefería, por lo visto, silenciar sus inquietudes. Unas inquietudes que, estaba seguro, tardarían poco en convertirse en una macabra y trágica realidad.

Habían acabado de cenar y ahora, junto a la señora Powers y Ursula, tomaba una copa en la sala.

En el exterior, lo que podía constatarse a través del ventanal de la estancia, la noche estaba clara, con muchas estrellas. Algo casi insólito en aquellos parajes. En Mittermann casi todas las noches llovía.

A través de dicho ventanal, orientado hacia la colina colindante, se divisaba la mansión de Edmund Walling. En ese momento iluminada. Lo que demostraba que sus ocupantes aún no se habían acostado.

Ni se acostarían en mucho rato. Will Leonard estaba seguro de ello. Por eso permanecía tenso, a la expectativa.

Sonó el aldabón de la puerta de entrada.

—¿Quién puede ser a estas horas? —Preguntó la señora Powers—. Debe haber pasado algo...

—Sí, algo relacionado con David Coone; seguro que sí —aseveró Ursula.

—Voy a abrir. ¿Me permiten...? —y Will Leonard apresuró sus largas zancadas hacia la puerta principal.

Al abrir ésta, vio a la sirvienta de Edmund Walling. La reconoció en seguida.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Vengo de parte del inspector de policía. Está en la casa de mi señor. Desea que ustedes... —y alargó la mirada a través del vestíbulo, hasta la sala, donde divisó a la señora Powers y a Ursula—, que ustedes vayan. Está ampliando sus interrogatorios...

—De acuerdo. Ahora mismo iremos. Hágaselo saber así, por favor.

—Sí, señor.

—Apenas tardaremos unos minutos.

—De acuerdo.

—El tiempo justo de...

—No hace falta que se den excesiva prisa —opinó por su cuenta la sirvienta—. Ahora el inspector está interrogando al señor Alien. Richard Alien, usted ya le conoce...

Will Leonard había dado un respingo.

—¿Cómo ha dicho? ¿Qué está interrogando al señor Richard Alien? Así pues, está en la casa...

—Sí, sí. —Y también por su propia cuenta la sirvienta agregó—: Mi señor,

para facilitar la tarea al inspector, ha citado en su casa a varios de los amigos que estaban presentes cuando desapareció, en la primera ocasión, el señor Patrick Rogger; y en la segunda ocasión, el señor David Coone...

—Comprendo —dijo Will Leonard, conteniéndose.

—Me había olvidado de decírselo, señor. Con tantos sucesos, una se pone nerviosa y no atina a nada. ¿Sabe?, hace menos de una hora ha aparecido en el jardín el cadáver del señor David Coone... Lo he encontrado yo, igual que sucedió la otra vez...

—¡No! —gritó espantada la señora Powers.

Como había abandonado la sala y se había acercado a la puerta de entrada, pudo oír perfectamente las últimas palabras. De eso su exclamación de ahora.

—Sí, sí, señor —dijo la sirvienta—. Ha aparecido su cadáver... De pronto... Inexplicablemente... Lleno de heridas... Atravesado por cien, por mil lugares distintos... Inundado de sangre coagulada... Créanme, es un espectáculo horrible, estremecedor.

—En seguida estaremos con el inspector —manifestó Will Leonard.

Se dio prisa por llegar. Casi puede decirse que corrió hacia allí. No sólo porque la aparición del nuevo cadáver confirmaba su tesis, su hipótesis, corroborando todas sus sospechas, sino porque la presencia de Richard Alien, en aquella casa, significaba un terrible peligro...

Para el propio Richard Alien, por descontado. Para el tercero y último de los admiradores ricos de Ursula. Sin contar a Edmund Walling, se comprende.

Will Leonard, apenas llegó allí y se presentó en la estancia en que se hallaba el inspector de policía, presintió que había llegado tarde.

El inspector ya no interrogaba a Richard Alien. El interrogatorio, por lo visto, había concluido.

¿Dónde estaría Richard Alien en esos momentos...?

La pregunta era un interrogante que, sinceramente, helaba la espina dorsal.

La respuesta llegó pronto.

Pero llegó del peor y más estremecedor modo que podía llegar.

Unos gritos, que al instante se convirtieron en espeluznantes alaridos, penetraron en los oídos de todos los presentes. Se dejaron oír desde el jardín.

* * *

Habían buscado a Richard Alien. No le habían encontrado. Lo mismo que había sucedido en ocasiones anteriores.

Llegó la ambulancia para llevarse el cadáver de David Coone, y aún seguían buscando inútilmente a la nueva víctima. Sin duda lo era, porque desgraciadamente todo lo hacía presumir así. No había por qué hacerse ilusiones absurdas, fuera de lugar. La realidad no podía ser más que ésa.

El inspector de policía estaba hecho un lío. Cada vez entendía menos todo aquello. Los hechos se iban entrelazando, enredándose entre sí, y cada vez resultaba más difícil encontrarles sentido.

—Este jardín está endemoniado, ya no cabe darle más vueltas al asunto... —dijo la señora Powers—. ¿Verdad, señor Leonard?

Y miró al reportero, buscando su aquiescencia.

—Eso dije yo una vez —contestó el joven—. Pero no creo, ahora, que se trate exactamente de eso...

—¿Ah, no?

—Sinceramente, inspector —se volvió hacia éste—, hay algo que me hace pensar...

—¿Qué es ello? —inquirió Edmund Walling, interviniendo.

—El cadáver de Patrick Rogger apareció a las veinticuatro horas de haber desaparecido. Con el de David Coone ha sucedido lo mismo. Eso debe hacemos suponer, digo yo, que se trata de algo más que una mera coincidencia...

—¿Usted cree...? —el inspector no hilaba fino.

—No sólo lo creo —dijo Will Leonard—, sino que me hallaba ya convencido, plenamente convencido, de que esta noche aparecería el cadáver de David Coone. En realidad estaba esperando que tal hecho aconteciera.

—Pues yo no me esperaba semejante cosa —repuso el dueño de la casa—. ¿Por qué había de esperarlo...? —Y agregó—: Yo estaba con unos amigos, jugando al ajedrez, cuando me ha telefoneado mi secretario sorprendiéndome con la noticia...

—Sí, yo le he llamado —corroboró George Cliff—. Estaba en el despacho acabando unas cartas, cuando he oído gritar asustada a la sirvienta... Igual, exactamente igual que la otra vez... Luego de ver el motivo de su espanto, he telefoneado al señor Walling haciéndole saber lo sucedido...

—Pero ¿quién ha podido traer el cadáver de nuevo hasta aquí? —Se preguntó a sí mismo el inspector—. ¿Y qué se propone quien tal hace...?

—Pensé, al principio, que se trataba de alguien que deseaba desacreditar mi casa, mis fiestas —dijo Edmund Walling—. Ahora creo, más bien, que se trata de algún perturbado mental. Simple y llanamente eso.

—¿Conoce usted —le preguntó el inspector— a alguien que esté mal de la cabeza? De ser así, dígamelo. Podría tratarse de eso.

—No conozco a nadie que parezca estar loco. Pero quizá se trate de alguien cuyo estado mental se acerque peligrosamente a la estrecha raya que separa a los cuerdos de los dementes. Alguien, en suma, que dé aún la sensación de estar cuerdo.

—Yo opino —repuso Will Leonard— que debemos enfocar el asunto de otra manera.

—Díganos su parecer.

—Encantado, inspector. Creo que saber el móvil, el verdadero móvil, nos lo explicaría todo...

—Sí, claro —asintió el inspector—. Naturalmente. Pero ¿cómo saber el móvil?

—Quizá nos resulte fácil averiguarlo —dijo Will Leonard— si empezamos

a sacar conclusiones. En primer lugar, si los tres hombres que han muerto, doy ya por muerto al último desaparecido, eran admiradores de Ursula, lo lógico y razonable es suponer, sin lugar a dudas, que esas muertes las ha llevado a cabo un cuarto admirador; ¿no le parece a usted?

—Según cómo se mire —vaciló el inspector—. Bueno, bueno, prosiga.

—En segundo lugar, si cuando apareció el cadáver de Patrick Rogger, lloviznaba... Y si nadie encontró huellas de zapatos alrededor del cuerpo sin vida, lo lógico y razonable es suponer que llegó como llovido del cielo...

—Sí, es cierto —convino el inspector—. En aquella oportunidad lloviznaba... Y sí, en efecto, no se encontraron huellas de zapatos por ninguna parte.

—En tercer lugar —prosiguió Will Leonard—, si esas muertes son copia exacta de la muerte de Peter Powers, tío de Ursula, ¿por qué no suponer, de una manera lógica y razonable, que el asesino estuvo en aquella expedición...?

—Eso ya lo pensé yo en un principio —dijo el inspector—. Pero no; sólo el señor Edmund Walling y su secretario, el señor George Cliff, hicieron aquel viaje. Y ellos, como ya es sabido por todos, estaban presentes en estos salones cuando se oyó en una y otra ocasión gritar a las víctimas. Lo mismo que ha sucedido hoy, que se hallaban ambos ante mis propios ojos... De ellos, pues, no cabe sospechar. En cuanto a sospechar de algún otro sujeto que hiciera la expedición...

—No voy por ahí —le cortó Will Leonard—. Yo no sospecho de ningún otro sujeto. —Y de pronto, decidido a desenmascarar de una vez al culpable, se volvió hacia Edmund Walling—: Por favor —le dijo—, ¿podría usted enseñarme la muñeca de su mano derecha?

El dueño de la casa hizo un gesto de asombro, de perplejidad.

—Creo que no le he entendido bien —repuso—. ¿Qué ha dicho usted...?

—Que me enseñe, por favor, la muñeca de su mano derecha —repitió.

—No comprendo a qué viene esto. —Su gesto de asombro, de perplejidad, se acentuó más—. De todos modos, si eso ha de satisfacerle... Por mí no ha de quedar...

Y el dueño de la casa sacó la mano del bolsillo de su pantalón, que era donde la tenía metida en ese momento, y se la mostró a Will Leonard.

El joven quedó desconcertado.

Allí no había ninguna herida.

* * *

No mucho después, todos se habían ido de la casa.

Faltándole a Will Leonard legítimos argumentos que esgrimir, ya no supo qué decir, ni qué opinar. Pensó que lo mejor que podía hacer era concederse un poco de tiempo para reflexionar sobre el particular.

Por eso, poco después, se había ido.

Los demás le imitaron. De ello que la casa quedara vacía en pocos

minutos.

—Se acerca a la meta, señor Walling —dijo entonces George Cliff, con gesto evidente de complicidad—. Sus tres rivales ya no van a estorbarle. Mis felicitaciones.

Edmund Walling no respondió y su secretario, George Cliff, prosiguió:

—He oído cómo le hablaba a Richard Alien, diciéndole que en la planta de color tornasolado, entre sus hojas, Ursula le había dejado escrita una nota... Y, no cabe duda, se lo creyó... ¿Con todos ha usado el mismo sistema?

—Sí —respondió en esta ocasión Edmund Walling.

—Eso significa, pues, que esa planta es asesina... Ahora comprendo su empeño en traérsela...

—Sí, sí. —Y agregó—: Quiero salirme con la mía y, como puedes ver, no regateo medios.

—Hace bien —opinó George Cliff—. Con mayor motivo, puesto que en las tres circunstancias .su presencia ante los invitados y amigos ha equivalido a una coartada perfecta. Por lo que a mí se refiere, no debe usted temer nada. Va a pagarme el sueldo convenido, cumpliendo así lo pactado. Yo cumpliré a mi vez, ofreciéndole mi silencio.

—Estoy seguro de ello. No, no desconfío de tu lealtad —dijo Edmund Walling—. Si yo fuera descubierto, perderías el empleo. Eso no te traería cuenta.

—Por eso, se lo repito, puede contar con mi silencio.

CAPITULO IX

Will Leonard había estado en Mittermann. Al regresar a la mansión de la señora Powers, no omitió tal circunstancia.

En aquella otra ocasión, cuando se acostó con Jacqueline y luego con su madre, procuró hablar lo menos posible de su estancia en la localidad. Pero ahora todo había sido distinto. Había ido allí, única y exclusivamente, a tratar de aclarar los hechos.

—He hablado con la dueña de la posada y con su hija...

—¿Y ellas qué tienen que ver con lo que les sucede a mis admiradores? —preguntó Ursula.

—Francamente, yo tampoco lo comprendo —dijo la señora Powers.

—¿Por qué no nos lo explicar mejor? —solicitó Ursula.

—Lo haría encantado —contestó Will Leonard—, pero lo cierto es que no tenemos tiempo que perder. Se trata de que vayamos directo al asunto. Se trata, pues, de que tú, Ursula, accedes a ser mi esposa... Bueno, tranquilícese, señora. —Se volvió hacia la señora Powers— Sólo va a ser una simple estratagema...

—¿Estratagema? —preguntó la dama.

—Sí, exactamente. —Y amplió la información diciendo—: Como se da el caso de que mueren violentamente todos los admiradores de su hija, la forma más directa, rápida y efectiva a mi alcance para llegar a la solución del enigma es, indudablemente, convertirme en uno más... Convertirme en el más fervoroso y enamorado de sus admiradores... Para que la cosa no falle, en su prometido...

—¿Y...? —inquirió la dama.

—¡Oh, no! —exclamó Ursula, asustada.

—¡Oh, sí! —Dijo el joven—. Es la manera de ir a la diana del asunto. ¿Que por ser tus admiradores se han visto metidos en un lío gordo Patrick Rogger, David Coone y Richard Alien...? Pues siendo yo uno más en esa justa, el lío gordo se me vendrá encima a mí... Entonces, qué duda cabe, lo averiguaré todo...

—Pero ellos han muerto —repuso Ursula, temblando.

—Yo sé el suelo que voy a pisar. Casi me atrevería a decirte, que sé ya de antemano todo lo que va a suceder.

—No te las des de listo... —apuntó la muchacha.

Y su mirada parecía decirle: «Te prefiero algo más tonto, pero vivo.»

Will captó el significado de aquella mirada y dijo:

—Seguiré viviendo, no te preocupes. Viviré para hacer feliz a una mujer.

Y su mirada, ahora, también fue harto elocuente.

Lo que hizo carraspear a la señora Powers, queriendo dejar constancia con su tosecita que su hija necesitaba a un hombre rico, no a un reportero.

—¿De acuerdo, Ursula? —preguntó Will Leonard.

—Si lo consideras oportuno... —repuso ella—. Aunque yo, francamente, no estoy muy convencida de que lo sea.

—Déjame a mí las riendas —manifestó Will Leonard—. Todo irá bien, puedo asegurártelo. Y ahora, Ursula, para empezar, debes aprovechar la primera oportunidad que se te brinde para decirle a Edmund Walling que lo sientes, que lo lamentas, pero que te has enamorado de mí. Añadirás que vamos a casamos en seguida.

—Pero..., pero... —balbuceó la señora Powers.

—Hemos quedado en que va a tratarse de una simple estratagema, no debe usted inquietarse por el buen porvenir económico de su hija.

—¿Está seguro, señor Leonard, de que sólo se trata de eso que dice? —Y viéndole tan alto y tan atlético, tan capaz de enamorar a cualquier mujer, agregó, si bien casi sin voz—: No lo veo claro. Desde que me doy cuenta de cómo le mira mi hija y de cómo usted le mira a ella, francamente...

—¿Dispuesta a ayudarme, Ursula? —preguntó el joven, haciendo ver que no había oído las últimas palabras de la señora Powers.

—Sí, sí... —respondió la muchacha.

—Bien mirado, tampoco te pido nada tan difícil. Diciendo eso a Edmund Walling, concluye tu trabajo.

—Si algo me asusta —repuso la muchacha— es la parte que te corresponde a ti en ese trabajo. Me parece excesivamente arriesgado. Pero, en fin, si tan seguro estás que sabes lo que te haces...

—Segurísimo —afirmó. Y oyendo cómo sonaba el aldabón de la puerta de entrada, agregó—: Ahí le tienes, no puede faltar a su visita casi diaria. Puedes decírselo.

—De acuerdo.

* * *

Cuando a Edmund Walling le fue dada la noticia, quedó blanco como el papel, y su rostro se llenó de cólera, de indignación, de rabia. Pero sólo fue una oleada. Al instante logró contenerse y controlar la expresión de su rostro.

—Mi enhorabuena... —dijo a la muchacha, y luego hizo extensiva su mirada al reportero—. Mi más sincera enhorabuena a los dos...

Seguidamente habló de un par de temas sin importancia. Pero la verdad es que apenas se dilató en los mismos. Muy pronto, cambiando de tono, manifestó:

—No quiero obsesionarme con los hechos acaecidos últimamente... Hechos que parecen recrearse de un modo macabro en hacer de mi casa un lugar no apto para cardíacos... —Aquí dejó oír una breve y seca risita, como encontrando graciosas sus propias palabras—. Por eso acabo de decidir algo que quizá te sorprenda, Ursula. Voy a festejar tu compromiso... Quiero demostrar que soy un buen perdedor. Daré una fiesta...

La muchacha se estremeció. ¡La sola idea de volver a aquella casa le

helaba la sangre en las venas!

—No, no —dijo—. En modo alguno puedo aceptarlo. Gracias de todos modos.

—Insisto, Ursula. Daré una fiesta y será en tu honor. ¿O acaso te han afectado demasiado esas muertes y tienes miedo de pisar nuevamente mi casa? ¿Es por eso que rehúsas un ofrecimiento que te hablo tan sinceramente...? —Y añadió—: Créame, esas muertes no deben condicionarnos. No podemos estar pendientes de lo que un loco le haya dado por hacer...

La muchacha denegó con la cabeza. No, no podía en modo alguno aceptar aquella invitación. Aquélla, bien mirado, insólita invitación. Pero miró a Will Leonard y vio cómo éste asentía, animándola a decir que sí.

—De acuerdo, señor Walling —respondió, aunque bastante forzadamente —. Acudiré a esa fiesta, que me ofrece de un modo que, no voy a negárselo, me emociona.

Edmund Walling había conseguido que su invitación pareciera honesta y desinteresada. Por lo menos se lo había parecido a la señora Powers. Desde luego, había conseguido no delatar, en absoluto, sus íntimos sentimientos.

Estos, por descontado, se proponían eliminar al intruso. Eliminar al joven reportero que se había convertido, cuando menos lo esperaba, en su más peligroso rival. Sin duda

Ursula se había enamorado de él como una tonta, no importándole ya nada, nada en absoluto, ni siquiera el hecho de que no fuera rico. Sin duda, asimismo, la señora Powers se había visto obligada a claudicar. De ello, sin duda, su silencio de ahora.

Pero no quería dramatizar. Tampoco había para tanto. Un escollo más que salvar, es cierto. Sólo eso. Solucionado este nuevo caso, sus contratiempos concluirían y Ursula Powers sería para él.

Sólo le decía falta tener un poco de paciencia. Así que acudieran a la fiesta, los triunfos estarían ya en su mano y la partida estaría ya ganada.

Definitivamente ganada.

CAPITULO X

Nadie había declinado aquella nueva invitación. Y todos habían acudido, antes o después, con la sonrisa en los labios.

El inspector de policía, a quien Edmund Walling había rogado que acudiera para dar sensación de seguridad a su fiesta, era el primer extraño de que todos estuvieran allí, como si nada. Bueno, tanto como eso no. La verdad es que algunos acusaban un cierto nerviosismo mal disimulado y que otros exteriorizaban, sin demasiados disimulos, una expectación malsana, morbosa.

Al margen de lo que unos y otros temían, o esperaban que sucediera, o lo que fuera, el dueño de la casa se pro ponía acabar con el joven reportero. Le tenía ya allí, en sus salones. Lo primordial, pues, ya estaba conseguido.

Esperaría el momento apropiado. Se trataba de no precipitarse y de actuar con la máxima serenidad.

Por un momento, sin embargo, se mostró indeciso, vacilante. El truco que le había servido para acercar a los tres admiradores de Ursula a la planta rara, exótica, de color tornasolado, ¿sería válido para el joven reportero? Le parecía que no era tan fácil de engañar.

Pero luego de calibrar mejor el asunto, se sintió optimista y se dijo que sí, que el truco le serviría nuevamente. ¿Cómo iba alguien a sospechar de unas palabras al parecer tan inofensivas?

Sí, aquél era el momento oportuno. Tenía que decidirse a actuar.

Se acercó a Will Leonard, que en ese momento encendía un cigarrillo. Estaba solo en una esquina del salón principal.

—Señor Leonard...

—Dígame.

Y el joven se volvió hacia el anfitrión con toda naturalidad.

—Acabo de hablar con Ursula. Me ha dicho que su madre acaba de sermonearla, y muy seriamente, prohibiéndole que siga sus relaciones con usted. La buena señora, usted no debe ignorarlo, deseaba una boda económicamente ventajosa para su hija.

—Sí, estoy al corriente.

—Se trata —siguió diciendo el dueño de la casa— de que Ursula le ha escrito una nota. Hubiera podido entregársela personalmente, pero por lo visto prefiere que su madre no le vea hacer una cosa así. Por lo que se le ha ocurrido —añadió, sin que nada en su fisonomía delatara lo criminal y asesino de sus intenciones— dejársela en un lugar determinado... Y aquí me tiene usted a mí, encargado de decirle dónde...

—No esperaba que su madre interviniera a estas alturas —dijo Will Leonard—. Me siento profundamente contrariado, no voy a negárselo.

—Todo terminará arreglándose; las madres, finalmente, siempre acaban cediendo. De momento, no obstante, creo razonable la actitud de Ursula. Un poco de prudencia nunca está de más.

—¿Y dónde me ha dejado la nota...? —preguntó el joven.

—¿Sabe esa planta que me traje de la selva? Esa planta de color tornasolado...

—Sí, sí...

—Pues allí, entre sus hojas.

—Voy a buscarla... —repuso Will Leonard—. Estoy impaciente por ver qué me dice. Con su permiso.

—Salga al jardín cuando nadie le vea. Ursula desea por su parte, de momento al menos, la máxima discreción.

—De acuerdo.

Cuando Will Leonard dejó los salones y salió al jardín, sin que nadie reparara en él, y menos que nadie el inspector de policía, Edmund Walling le siguió.

No mucho trecho, simplemente unos metros, hasta la terraza. Quedó en un lugar estratégico. Desde donde podían verle perfectamente los que estaban en los salones, y desde donde, él por su parte, podía seguir con la mirada a Will Leonard.

Le vio, pues, internarse en el jardín y andar rectamente hacia esa planta rara, exótica, de color tornasolado, que tanto le había simplificado las cosas. Sí, francamente, cada vez estaba más satisfecho de habérsela traído consigo. Era una inmejorable aliada.

Vio, seguidamente, cómo Will Leonard, ya junto a la planta, se quedaba inmóvil unos instantes. ¿Sería, acaso, que recelaba algo, que no las tenía todas consigo?

Se asustó. Puede que hubiera pecado de ingenuo creyendo que el joven reportero podía ser uno de tantos,

Pero no, su temor era infundado. Will Leonard caería en aquella trampa mortal como uno más. Tras unos instantes más de vacilación, de recelo quizá, pero el resultado sería el mismo.

En efecto, Will Leonard adelantaba ya sus manos hacia la planta, hacia sus hojas, hacia donde, sin duda, creería haber visto la nota escrita por Ursula.

Y apenas sus manos rozaron la planta...

Esta, así que captó el contacto de un cuerpo humano, se agitó, se convulsionó de un modo violento, súbito. Como si una descarga eléctrica la hubiera sacudido. Y en el acto, sus hojas se alzaron, cayendo luego fulminantemente hacia abajo y atrapando así en su interior al infeliz que, como en casos anteriores, se convirtió ya en su presa.

En esta ocasión el infeliz había sido Will Leonard, el joven reportero que había aparecido allí, en Mittermann, para complicarlo todo de un modo verdaderamente peligroso.

Pero ya había caído en la trampa y Edmund Walling, viéndolo así con sus propios ojos, profirió un suspiro de alivio.

Un suspiro que se hizo más hondo, lleno de íntima felicidad, cuando a sus oídos llegaron aquellos gritos, aquellos auténticos alaridos...

Sí, era Will Leonard quien los profería. No cabía la menor duda de ello.

Edmund Walling dejó la terraza, volvió a los salones. Demostrando así, con su presencia, que él no tenía nada que ver, nada en absoluto, con aquellos horribles gritos, con aquellos espantosos alaridos.

Estos, de pronto, cesaron.

Igual que había sucedido en casos anteriores.

La mirada del dueño de la casa fue ante todo para Ursula. Quiso recrearse con su desesperación. Con esa desesperación que era su triunfo.

No la vio, empero, tan terriblemente afectada como se imaginaba. Se dio cuenta, eso sí, de que el corazón se le había subido a la garganta.

El terror se había adueñado de los presentes. No sólo de quienes fueron allí con cierto nerviosismo mal disimulado, sino, también, de aquellos que llegaron exteriorizando una expectación malsana y morbosa. Para todos hubo una angustiosa sensación de pánico. De verdadero pánico. Aquello era ya demasiado. El vaso se había desbordado.

Lo único que resultaba algo tranquilizador era la presencia del inspector de policía.

Ese hombre que hasta entonces no había dado muestras de una gran competencia, menos aún de una gran perspicacia, pero que, no obstante, todos sabían que tenía por norma esforzarse en el cumplimiento de su deber.

—Por favor —suplicó Ursula, que no las tenía todas consigo por más que Will Leonard le dijera que, pasara lo que pasa, ella debía estar tranquila—, haga usted algo...

Lo primero que hicieron es buscar a Will Leonard. Por el jardín. Por la casa. Incluso por los lugares más inverosímiles.

Nada. No le encontraron. Ni rastro de él.

—La gente no puede desaparecer así... —mascullaba entre dientes el inspector.

La búsqueda prosiguió. Durante largo rato. No hacerlo así hubiera resultado inadmisible.

Pero nada, el más estrepitoso fracaso coronó todas sus tentativas. Lo dicho, ni rastro de Will Leonard.

Finalmente se fueron los invitados. Poco a poco, al principio; después de una manera rápida, casi precipitada. Pero Ursula y su madre se quedaron, y también el inspector.

Esas tres personas parecían negarse a aceptar lo sucedido.

El secretario de Edmund Walling, entonces, les ofreció un whisky.

—Creo que les vendría bien —dijo.

—Se lo agradezco, pero yo por mi parte prefiero mantener clara la cabeza —contestó el inspector.

—Sírvame uno a mí —solicitó la señora Powers—. La cabeza se me va.

—¿Y usted...? —preguntó George Cliff a la muchacha.

—No, gracias —contestó la muchacha.

No mucho después llegaron varios policías. El inspector había telefoneado

a la comisaría requiriendo turgentemente su presencia.

Entonces prosiguieron la búsqueda. De una manera aún más concienzuda y meticulosa.

Pero de Will Leonard, nada. Igual que si la tierra se lo hubiera tragado.

—¿Vamos a conformamos con esto...? —Se angustió Ursula—. ¿Vamos a limitamos a esperar a que mañana aparezca su cadáver.. ?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —Inquirió el inspector—. ¿Qué otra cosa está a nuestro alcance? ¿Me sugiere usted algo...?

—¿Puedo sugerírselo yo? —preguntó de pronto una voz.

Todos se volvieron hacia donde esa voz había sonado. Hacia una de las puertas corredizas que daban a la terraza.

Allí vieron, alto y erguido, tan campante, a Will Leonard. En sus ojos brillaban unas lucecitas burlonas.

Edmund Walling sintió que se tambaleaba.

—No hace falta que busquen más... —dijo el reportero—. Aquí me tienen sano y salvo.

—¡Oh, Will! —sollozó Ursula temblando de emoción.

—Le hemos oído gritar... —apuntó el inspector de policía—. Los mismos gritos, los mismos alaridos que en otras ocasiones. Habíamos creído que...

Edmund Walling no terminaba de dar crédito a aquella aparición, a aquella inexplicable aparición. El había visto con sus propios ojos cómo la planta le atrapaba, cómo la planta le aprisionaba inexorablemente entre sus hojas.

—Se ha tratado, simple y llanamente, de un simulacro —les hizo saber Will Leonard—. Quería desenmascarar al culpable y para conseguirlo no he visto otro medio de conseguirlo...

—No comprendo —dijo el inspector de policía.

—Usted sí me comprende, ¿verdad, señor Walling? —preguntó el reportero al dueño de la casa.

Este se dio cuenta de que todo se derrumbaba a su alrededor. Notó que los nervios empezaban a rompérsele. No, ya no podía mantener su habitual serenidad.

—¿Qué quiere... usted... decir...? —balbuceó torpemente.

—Quiero decir —manifestó Will Leonard— que le he desenmascarado...

—¿A mí? —se hizo el sorprendido—. ¿Desenmascarado? ¿De qué me está acusando...?

—Le estoy acusando de esos crímenes... —Y sin más, añadió—: La planta que usted tiene en su jardín, de color tornasolado, es una planta asesina... ¡Y usted lo sabe!

—¿Qué..., qué... está... está... diciendo?

Y su nerviosismo creció.

Creció de una forma tan delatadora, que el propio interesado fue el primero en comprender que todo estaba ya perdido para él.

—Digo que es una planta asesina...

—No sé de qué me está hablando... —ahora empezó a dudar.

—¿Niega, pues, que desconoce el poder asesino de esa planta?

—Sí, sí... Claro que lo niego...

Y el sudor le caía por las sienes.

—En ese caso —apuntó Will Leonard, irónico— estaría de más que yo le dijera que, como propietario de la planta, es usted responsable de esas muertes... Sí, estaría de más si ciertamente usted desconociera el poder de esa planta...

—Claro, claro...

—¡Pero usted no ha ignorado en ningún momento su poder asesino! —Exclamó Will Leonard—. ¡Por lo que yo le acuso abiertamente de esas muertes...!

—No, no... —balbuceó.

—Sin embargo —observó Will Leonard—, usted puede demostramos su inocencia. Es un hecho evidente que puede hacerlo, ¿Quiere saber cómo...?

Edmund Walling no dijo nada. Se limitó a quedar a la espera de las nuevas palabras del reportero.

—De la manera más sencilla. Con su permiso, inspector. —Y luego del gesto de asentimiento de éste, cogió del brazo al dueño de la casa y le arrastró hacia fuera, hasta la terraza y de allí hacia el jardín—: Venga, venga... Junto a esa planta que usted dice que cree inofensiva, es donde puede demostramos su inocencia...

Edmund Walling se resistió, desde el primer momento, a que el joven reportero le llevara hacia allí. Pero aunque quiso rebelarse, todo resultó inútil. Era demasiado fuerte, férrea, la mano que le sujetaba el brazo. Por lo que, quieras que no, pronto se vio en aquel lugar, junto a la planta.

El inspector de policía, Ursula, su madre, y George Cliff, les habían seguido.

Hasta allí llegaban, aunque veladamente, las luces de la casa. En consecuencia, todos pudieron reparar en el sudor que inundaba a borbotones el rostro de Edmund Walling.

Debía tener todo el cuerpo así, como en un baño.

—Puesto que no cree que se trate de una planta asesina, acérquese... —dijo Will Leonard—. Acérquese hasta tocarla...

Y añadiendo el gesto a la palabra, le puso la mano sobre el hombro y le impulsó hacia adelante.

—¡No! ¡No! —exclamó Edmund Walling con verdadero horror, resistiéndose con todas sus fuerzas a dar un solo paso hacia la planta.

—¿Por qué no? —Inquirió mordaz el reportero—. Si es una planta inofensiva, no veo ningún mal en que haga lo que le pido.

—No, no...

Y sudaba de un modo tan continuo y desaforado, que el mero hecho de contemplarle constituía ya todo un espectáculo.

—Acérquese, tóquela... —le apremió Will Leonard, perdiendo la paciencia. Y cogiéndole nuevamente por el brazo intentó llevarle, arrastrarle,

hacia la planta.

—¡No! ¡No! —exclamó cada vez con más espanto, cada vez con más horror.

—Tocará la planta... —le advirtió Will Leonard—, se lo aseguro yo... Lo hará, o confesará su culpa... Soy mucho más fuerte que usted, señor Walling, así que será como yo digo...

A partir de ese instante, empezó un forcejeo entre ellos. Aunque se trataba de un forcejeo en el que Edmund Walling, asustado, sudoroso y con cincuenta años sobre sus espaldas, resultaba en verdad un adversario de muy escasa categoría.

Percatado de ello, encontrando manifiesta la superioridad del atlético y joven Will Leonard, y dando por descontado que de un momento a otro iba a dar violentamente contra la planta, es decir, iba a dar contra la propia muerte, perdió la serenidad. La perdió por completo.

—¡No! ¡No! —volvió a exclamar con un horror sin límites. Y queriendo salvar la vida al precio que fuera—. ¡Sí, sí, sé que es una asesina...! ¡Déjeme! ¡Déjeme! ¡No quiero tener esa horrible muerte! ¡No quierooo...!

Will Leonard le soltó. Buscaba su confesión y ya la tenía.

Minutos más tarde, Edmund Walling confesaba.

—El guía que teníamos en la expedición me explicó qué clase de planta era, cuáles eran sus características... Y yo pensé que, colocada aquí en mi jardín, podía servirme para eliminar a quienes me estorban... Sí, a Patrick Rogger, a David Coone y a Richard Alien... Los tres estaban de más para mí... Yo sabía que sólo llegaría a casarme con Ursula si ellos desaparecían... Por eso hice que embalaran cuidadosamente la planta, y que luego fuera colocada aquí... Y todo hubiera salido bien, a no ser por usted. —Miró con verdadera rabia y odio al joven reportero—. Pero usted se cruzó en mi camino y reconozco que ha sido más listo que yo...

CAPITULO XI

Edmund Walling había sido esposado. De un momento a otro saldría de la casa escoltado por dos policías.

Pero aún permanecía allí, cuando de nuevo intervino Will Leonard.

—Un momento.

Todos le miraron, expectantes. Tanto Ursula, como la señora Powers. Y otro tanto puede decirse de George Cliff, el secretario de aquel hombre que, al límite ya de su resistencia física, de todas sus energías, había dejado incluso de sudar. Asimismo le miró interrogativamente el inspector de policía.

—Quisiera aclarar un pormenor... —Y sin esperar a que nadie le concediera su beneplácito para hablar, él se lo tomó—. A usted, señor Walling, ha debido sorprenderle enormemente que la planta me atrapara, que me aprisionara entre sus hojas, y luego verme aparecer sano y salvo, como si nada.

—Sí, ciertamente sí... —asintió el interpelado—. Me ha sorprendido mucho... Aún no consigo salir de mi asombro...

—Pues eso tiene una explicación. Podría dársela yo, pero me parece más lógico que se la dé su secretario...

Las miradas se volvieron hacia George Cliff.

—¿Yo? —inquirió éste.

—Sí, usted —ratificó Will Leonard.

—Me parece absurdo lo que está diciendo.

Pero los ojos de aquel hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, escaso cabello y rostro pecoso, delataron una intensa inquietud, un enorme sobresalto.

—Me doy cuenta, se resiste a hablar. Bien mirado es lógico —aceptó el joven—. Mientras usted vea, o crea ver, una posibilidad de escapar incólume de ésta, se negará a confesar.

—Lo repito, encuentro absurdo lo que está diciendo.

—Se lo ruego, señor Leonard —intervino el inspector de policía—; aclárenos su postura.

—Sí, hazlo —rogó Ursula.

La señora Powers no dijo palabra alguna. Desde hacía rato no atinaba a nada, sólo a admirar a aquel joven, alto, atlético.

—Para que me entiendan mejor, empezaré en cierto modo por el principio. —Y Will Leonard, prosiguió así—: Estuve en Mittermann y allí me dijeron, en un bar, que no era la primera vez que habían visto salir de la posada a una mujer, subir esta colina y meterse en esta mansión. Por lo que, claro está, todos daban por descontado que Jacqueline mantenía relaciones íntimas con usted, señor Walling. Pero apenas me enteré de estos hechos, yo me dije, ¿y por que, si una mujer sale de la posada y sube la colina, de noche, a escondidas, ha de ser precisamente la amante de Edmund Walling, si aquí, en

esta casa, vive también otro hombre...? Me refiero a usted, señor Cliff...

George Cliff no supo qué cara poner.

El reportero continuó:

—Reafirmó mi sospecha el hecho de saber que el señor Edmund Walling, como dueño de la posada, cobraba un alquiler muy alto. De ser Jacqueline su amante, no cobraría nada, o cobraría muy poco. Por lo demás, yo me dije, yo siempre me digo a mí mismo muchas cosas, si una mujer sale de la posada, y sube la colina y se mete sigilosamente en esta mansión, ¿por qué ha de ser necesariamente Jacqueline...? ¿Por qué no puede ser su madre, que es aún joven y está pero que muy bien...?

Se detuvo unos instantes y prosiguió:

—Y sí, terminé por convencerme de que se trataba de la madre, no de la hija, cuando el otro día me atacó un hombre... Sí, inspector; vine a echar una ojeada a este jardín, a ver qué encontraba por aquí de sospechoso, y un hombre me atacó... Conseguí quitármelo de encima y, en conclusión, no pasó nada de particular. Pero sí, en verdad, pasó algo... Ese hombre me había atacado cubriéndose el rostro con una media negra... ¿De dónde, diablos puede sacar un hombre así, de pronto, una media negra? Indudablemente de muchos sitios, pero el más fácil de imaginar es del vestuario de una mujer... Y puestas así las cosas, ¿por qué no pensar en la posadera, en la madre de Jacqueline, que viste con severidad, de oscuro, y que lleva, precisamente, medias negras...? Un detalle que, cuando la conocí, no me pasó por alto.

—Es usted muy suspicaz —alabó el inspector de policía—. Pero ¿adónde quiere ir a parar?

—A desenmascarar al culpable.

—Pero ¿acaso el culpable no está ya detenido?

—Sólo uno de ellos.

—¿Qué...?

El inspector no terminaba de aclararse.

—Me estoy haciendo un lío —dijo a su vez Ursula.

La señora Powers siguió sin decir nada.

Por su parte, George Cliff no acertaba a componer su expresión. Todo él, qué duda cabe, se estaba descontrolando.

—Ante todo tenía que atar cabos —dijo Will Leonard—. Ante todo tenía que asegurarme de que mis sospechas eran ciertas. Así que volví a Mittermann, entré en la posada y hablé con la madre de Jacqueline. Si era ella la mujer que subía la colina y George Cliff era el hombre que la esperaba... Me refiero a que, si la posadera vestía poco sugestivamente, era sin duda porque quería dárselas de decente, de honrada, pretendiendo, sin duda, llegar a casarse. De otro modo, hubiera destacado mucho más sus encantos, y quizá, incluso, de forma descarada. Así pues, si pretendía llegar a casarse, seguro que la indignaría, haciéndola remontar en cólera, el que alguien le hiciera saber que George Cliff iba a casarse con otra. Yo se lo dije, con naturalidad, como quien da una noticia cualquiera...

Tras unos segundos de pausa, Will Leonard añadió:

—Su reacción no se hizo esperar, y la posadera habló más de la cuenta, lo suficiente, desde luego, para que yo supiera que mis sospechas iban por buen camino. Y no sólo habló más de la cuenta, sino que fue harto significativa y elocuente con sus exclamaciones, como cuando dijo: «¡Sinvergüenza! ¡Sinvergüenza! Hacerme perder el tiempo para esto... Algo me estaba temiendo ya...» Seguidamente, ya sin más, le pregunté si George Cliff le había pedido una media... Ella vaciló, no parecía querer decírmelo, pero finalmente me confesó que se la había quitado. Fue a verla a la posada, estuvieron juntos sólo unos instantes, pero, cuando se fue, ella se dio cuenta de que en su armario faltaba una media... A mí, sinceramente —repuso Will Leonard—, ya no me hizo falta saber más...

—¿Ah, no? —inquirió el inspector de policía.

—Si cuando apareció el cadáver de Patrick Rogger no vimos huellas en el suelo del jardín a pesar de que estaba lloviznando, ¿qué significaba eso? Para mí, sólo una cosa; que debíamos desconfiar de esa nueva planta, rara, exótica, de color tornasolada...

—Continúe, señor Leonard —pidió el inspector.

—Voy a hacerlo, por descontado que sí. Sepan, pues, que volví a este jardín la otra noche... Que un hombre me hubiera atacado la primera vez que vine, no iba a impedirme repetir la acción. La repetí, claro que sí; sólo que tomando más precauciones para no ser nuevamente sorprendido. Pues bien, en esa ocasión me dediqué exclusivamente a la planta... Pero, bueno, debo aclarar que vine, no precisamente durante la noche, sino cuando empezaba ya a clarear el día... Tenía el presentimiento de que esa planta actuaba de un modo demasiado mecánico para ser algo vivo...

—¿Qué quiere decir? —preguntó esta vez la señora Powers saliendo de su mutismo.

—Si se trataba de una planta asesina y en definitiva de algo vivo, ¿por qué a las veinticuatro horas, exactamente a las veinticuatro horas, ni una más ni una menos, expulsaba el cadáver? ¿Por qué no lo hacía antes o después...? Eso inducía a pensar en un mecanismo...

Los puños de George Cliff se habían cerrado, tan fuerte que sin duda debía estar clavándose las uñas en las palmas de las manos.

* * *

—Toqué la planta con una rama, levanté una de sus hojas, luego otra... —continuó diciendo Will Leonard—. Pronto me di cuenta, en efecto, de que esa planta había sido fabricada, siéndole colocada en su interior un ingenioso mecanismo... Desconectado éste, pude maniobrar a mi antojo... Le quité las púas a una de las hojas y cambié a mi gusto el susodicho mecanismo... Entiendo algo de mecánica, así que me resultó sencillo... Y en fin, lo dejé todo preparado para que usted, señor Walling, creyera que, efectivamente, yo me

había convertido en su nueva víctima...

Al poco prosiguió:

—Pero el asunto no concluía ahí, puesto que había otro culpable y ello había quedado impreso en mi máquina de fotografiar. La había dejado en este jardín, debidamente taponada y disimulada entre las verdes hojas de una yedra, accionada para que se fuera disparando cada tres minutos... Cuando revelé los negativos, tuve suerte en un par de éstos... Se le veía a usted, señor Cliff, maniobrando en la planta... Maniobrar con cuidado, y no sólo por la planta en sí, sino también por miedo a que alguien pudiera verle...

Continuó seguidamente:

—Y si temía que alguien pudiera verle, lo lógico es suponer que actuaba a espaldas del señor Walling; lo que demostraba claramente que en este asunto usted estaba actuando por su cuenta...

Tampoco ahora nadie dijo nada y Will Leonard prosiguió:

—En conclusión, las cosas las veo yo más o menos así. Ya me dirá usted, señor Cliff, si me equivoco mucho... Se fueron a aquella expedición, y viendo la fabulosa variedad de plantas raras y exóticas que había en la selva, a usted, señor Cliff, se le ocurrió la idea de fabricar una a su conveniencia... Sin duda estuvieron detenidos en algún poblado de cierta importancia, donde pudo conseguir su propósito... Una vez con la planta en su poder, debió mandarla colocar en algún lugar especial y hacer creer al señor Walling que era auténtica. Para eso, sin duda, se buscó la colaboración de una tercera persona...

—Sí, del guía —murmuró George Cliff—. Le pagué cien libras para que representara bien su papel. En cuanto a trasladar la planta de un lugar a otro, no resultó difícil.

—Pagando nada resulta difícil. Usted sabía que el señor Walling quería casarse con Ursula Powers al precio que fuera, y con esa planta le puso en bandeja de plata la oportunidad de desembarazarse de todos sus rivales. Una oportunidad que no iba a desaprovechar, lo sabía, y que a la larga le beneficiaría a usted... A usted, señor Cliff, porque en sus planes estaba, finalmente, eliminar al señor Walling y quedarse solo y... rico. Mucho más rico de lo que nadie pudiera imaginarse. Lo cierto es, que en el transcurso de los veinte años que ha trabajado a las órdenes del señor Walling, usted le ha robado todo lo que ha podido. De ello dan buenas pruebas las cuentas corrientes que tiene usted en el banco. He podido comprobarlo, así que tampoco respecto a esto hay dudas.

Una nueva pausa. Pero ésta más breve que ninguna.

—El motivo que le ha impulsado a actuar así es sencillo... Usted, señor Cliff, también quería casarse con Ursula Powers. Y decidió eliminar a todos. Estaba convencido, que mientras vivieran los otros nunca existirían posibilidades para usted... Por el contrario, una vez todos muertos, los triunfos serían suyos...

—¿Es posible...? ¿Eso es posible...?

Y Edmund Walling se pasó ambas manos, esposadas, por la frente, de la que volvían a caerle gruesas gotas de sudor.

—¡Sí, es cierto! —exclamó George Cliff—. Todo eso es cierto! —Y no le importó añadir—: Desde hace tiempo tengo relaciones con la posadera. Incluso había llegado a hablarle de boda... Pero conocí a Ursula y todo cambió para mí...

—Nunca desconfié de ti —dijo Edmund Walling—. ¡Cómo iba a desconfiar si me habías pedido más sueldo por callar...!

—Lo hice para ocultar más y mejor mis verdaderos propósitos —reconoció —. A toda costa quería salirme con la mía...

Y miró a Ursula Powers como si, ahora que ya la había perdido, quisiera atravesarla, aniquilarla.

Acababa de salir a flote su auténtica personalidad, todos sus malvados y perversos instintos. Esa mirada lo dijo todo de una vez.

—A propósito —intercaló Will Leonard—, el hombre que la otra noche me atacó quedó herido en una muñeca... En la muñeca derecha... Será tan amable, señor Cliff, de mostrarme la suya...

—Aquí la tiene.

Y se la mostró.

Se la mostró armada. Y qué duda cabe, una automática, con el índice acariciando ya el gatillo, parecieron concederle un nuevo respiro y la posibilidad de una huida.

Apenas la pistola asomó en su mano, encañonándoles, Will Leonard se abalanzó hacia adelante.

George Cliff disparó, pero sin acierto. El reportero esquivó la trayectoria de la bala, mientras se lanzaba sobre sus piernas.

Le hizo caer, y ya en el suelo, rodando, George Cliff no pudo hacer nada. No pudo ni siquiera intentarlo.

A los pocos instantes, Will Leonard había inmovilizado su brazo armado. Por lo demás, incrustándole uno rodilla en el pecho, presionándole de espaldas contra el suelo, le impidió moverse.

—Lo lamento por usted, señor Cliff... Y por usted, señor Walling... —miró a uno y luego a otro—. Pero soy yo quien va a casarse con Ursula. —Y mirando, esta vez a la señora Powers, agregó—: Con su permiso, señora.

—Concedido —dijo ésta, sonriendo.

Ursula se acercó a su madre y le dio un beso muy cariñoso.

FIN